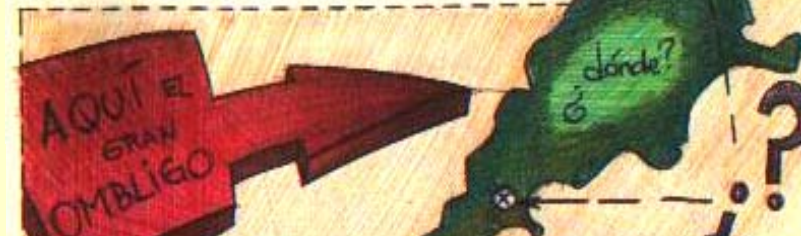


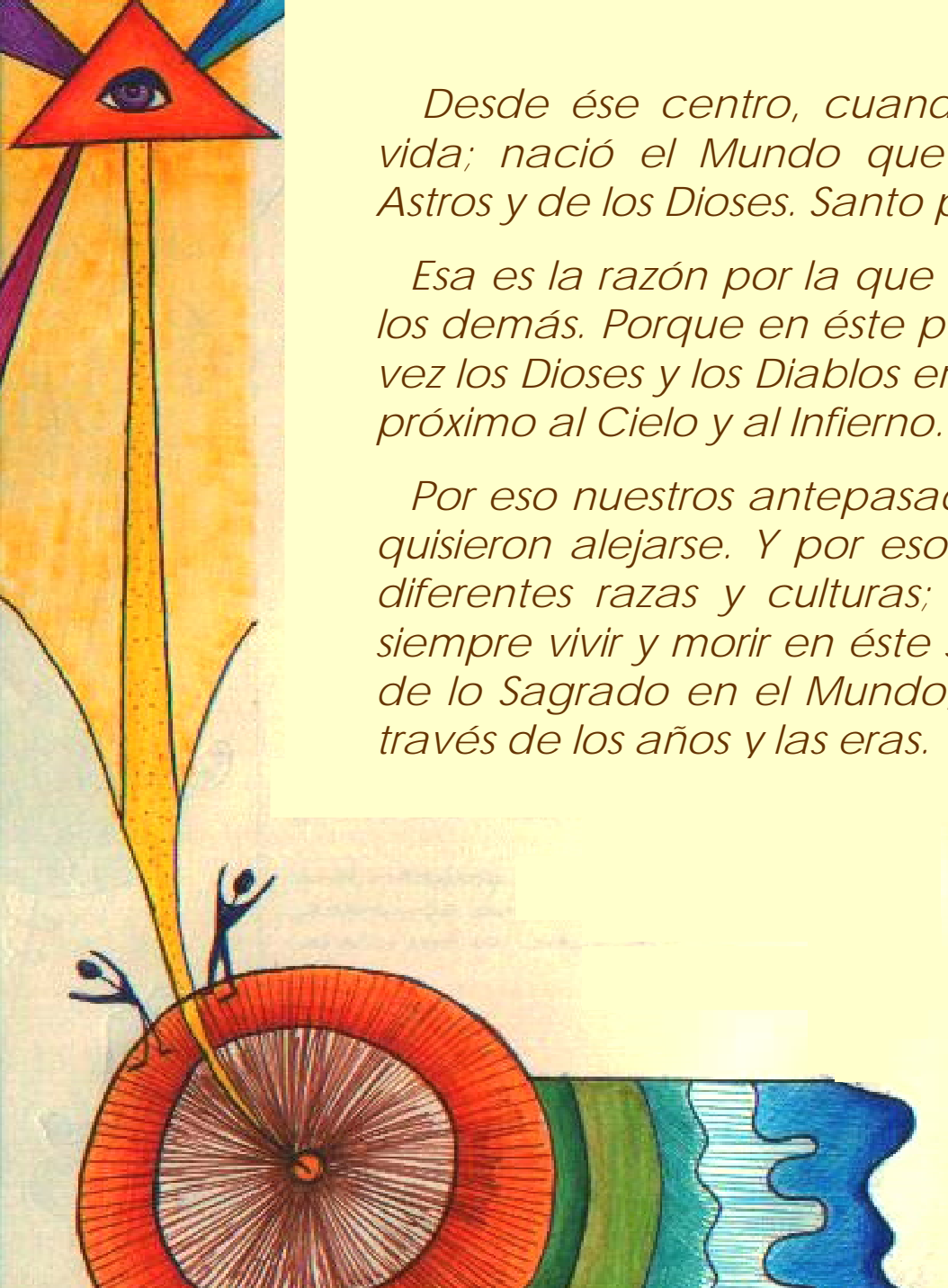
LA ARGENTINA ES UN MITO

Cuentan los ancianos, que el origen de todas las especies que conocemos; de los Vegetales, los Animales, e, incluso, del Hombre; se produjo hace millones y millones de años en un lugar olvidado de lo que hoy llamamos la Argentina. Que en algún sitio exacto de su geografía, todavía existe el gran Ombligo de la Tierra, o el Centro del Mundo, que es lo mismo.

Dicen también, que los Hombres que viven muy cerca de ésta abertura a lo trascendente son los únicos que conocen su magia y sus misterios. Y los mantienen ocultos por miedo a que el Mundo Moderno, con su bulla y su Ciencia de microscopio llegue un día a molestarlo y despierte a la Tierra dormida.

El caso es que ahí, se producen fenómenos increíbles. Existe una comunicación permanente entre los tres niveles cósmicos: el sub-mundo de los Infiernos, la vida ordinaria de la Tierra y el Cielo sagrado de los Dioses.





Desde ése centro, cuando no existían ni el tiempo, ni la vida; nació el Mundo que hoy conocemos. Obras de los Astros y de los Dioses. Santo por eso.

Esa es la razón por la que nuestro país es único entre todos los demás. Porque en éste pedacito de tierra, vivieron alguna vez los Dioses y los Diablos en persona. Porque es el lugar más próximo al Cielo y al Infierno.

Por eso nuestros antepasados, los primeros Hombres; nunca quisieron alejarse. Y por eso también, tantos inmigrantes, de diferentes razas y culturas; decidieron, de una vez y para siempre vivir y morir en éste suelo bendito. Para sentirse parte de lo Sagrado en el Mundo, y de su manifestación divina, a través de los años y las eras.

CAPITULO PRIMERO:


LA TIERRA PREÑADA

Cuando el Mundo estaba completamente deshabitado, mustio y quieto; sólo existían los Astros en el cielo. Y, seguramente, todo era silencio.

La Tierra, mujer como la Lumba, permanecía calma sin sospechar lo que en el interior se revolvía.

La despertó un día, una molesta sensación en el vientre de Fogo de su Centro. La Lumba y el Sol, que la habían visto nacer, desde el cielo; oían sus gritos queditos. Veían su malestar. Sus giros en el Espacio buscando en vano una postura sin dolor. Sus temblores y desahuciados lamentos. Así, por siglos y siglos. Tantos, que ella terminó por olvidar cuándo había empezado a pesarle de tal modo el cuerpo; y la Lumba y el Sol, por acostumbrarse a su girar constante.

De modo que todo siguió en calma por mucho tiempo más.



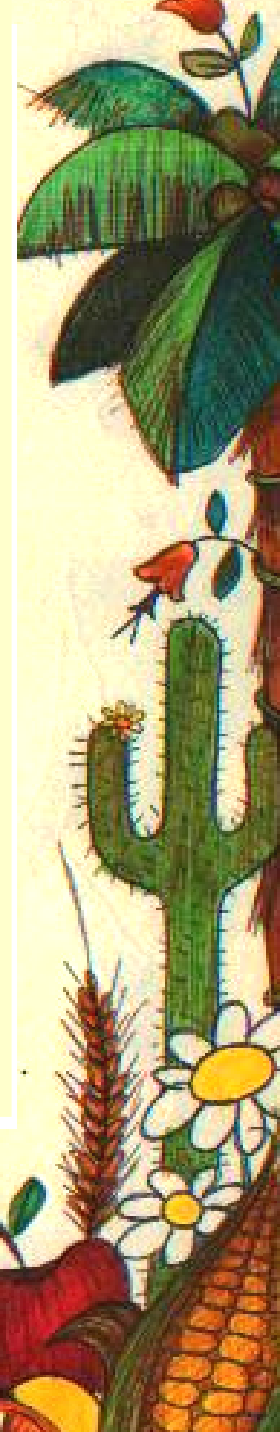
Hasta que una madrugada, un lejano rumor salió de sus entrañas. Quebró el silencio para siempre en el Espacio y estremeció a la Lumba, al Sol, y a las infinitas Estrellas y Cometas. Desde el corazón activo, por su eje sintió ascender una gruesa columna de sudor helado. Se retorció. Tembló. Se contrajo. Rugió al amanecer y sacudió a los Astros de sus sitios con un feroz aullido de fiera pariendo. Algo incontenible asomaba en su horizonte ensordeciendo. Por su Ombligo dilatado en el terrible esfuerzo, a borbotones, como un manantial inagotable lanzó millares de semillas y una única gran bola de arcilla roja tibia y húmeda.

Y respiró su alivio.

Como lluvia de vida cayeron sobre el suelo, sembrándolo, todas las semillas de todas las especies vegetales que hoy existen.

Las frutas y los árboles. Los cereales y las flores. Desde los pajonales a los altísimos palmares. Desde el modesto arroz, o la mismísima yerba mate hasta el ombú. Todo nació de allí.

El café. El maíz. El algodón. Las especias. El mistol. Papa Ceibos. Mandiocas. Pinos. Cítricos jugosos y redondo Jacarandaes. Olivos. Sauces. Trigo. Robles. Ortigas. Maleza. Madreselvas. Cardos. Algarrobos. Juncos para tejer canasto Azahares. Nomeolvides para la memoria. El chañar. La cañaverales. Totorales. Porotos de mil colores. Quebracho colorados. Margaritas para saber quién nos quiere mucho poquito o nada. Zapallos. Camalotes. La planta de la coca para superar la altura. Melones y sandías de miel. Tréboles de la suerte. El ñire. Laurel. Las plantas acuáticas. Eucalipto. Helechos. Lapachos. Cebollas. Girasoles. Santa Ritas. Tilo. Acacias. Nogales. Tacuaras. Tomates dulces. Araucaria. Nudosas higueras. Cardones. Sorgo. Raíces. Lino. Manzanas pecaminosas. Jazmines. El tala. Los viñedos. Nisperos. Cebada. Los álamos. Los irupés. Los bosques. Las selvas. Toso lo vegetal surgió de ésa primera lluvia de savia y brotes que escupió para aliviarse la Tierra parturienta. Y crecieron. Y poblaron su loma para siempre.





Pero la gran pella de arcilla roja, tibia y húmeda, al caer y golpear contra el suelo; se separó en dos partes. Y quedaron, como muertos, los dos trozos del Embrión Original.

El Sol y la Lumba, todo lo vieron desde el Celo. Se llenaron de pena por la Waira que, preñada desde hacía millones de años, bramando y sufriendo había dado a luz aquella pobre criatura muerta. Y que el Universo entero quedara como si nada hubiera pasado nunca.


Así que, aprovecharon el cansancio y letargo en que quedó sumida para acercarse tanto como pudieron. Y trataron de reunir las partes que yacían en el suelo. Pero la materia volvía, insistentemente, a separarse. Los fragmentos se rechazaban; retrocedían.

La Lumba, entonces, tomó una mitad entre sus manos de talco, amasó la materia, formó varios cuerpecitos morenos como la misma Noche, los congeló con su frío glacial y los amamantó con su leche helada.

Quimpú, recogió la otra parte entre sus fuertes brazos de hombre y padre y formó algunos cuerpos claros como el Celo en mediodía, los abrazó con su calor de Fogo y les sació la sed con su Luz cegadora.

Antes de regresar a sus sitios, los Astros les contaron con sus voces de Eco, a los Seres creados, de su origen. Del dolor de la Tierra y su girar eterno para encontrar alivio. De su aullido de madre pariendo. De la lluvia de Vegetales.





Del Gran Embrión de arcilla partido en dos trozos que se rechazaban una y mil veces. Del haberlos formado con sus manos cósmicas.

Y, entonces sí, volvieron al Cielo a toda prisa, porque creyeron que la Waira despertaría.

Pero no.

Raras veces, como si en sueños recordara aquel parto original, primero y único; se revuelve en su sitio. Entonces; se estremece. O resopla un aliento contenido por siglos. O escupe bocanadas de Fuego por sus grietas. O tiembla como si de nuevo sintiera una columna de sudor helado contrayendo su vientre. Y gira, por inercia y costumbre como buscando todavía una posición más cómoda en el Espacio azul. Pero sólo en sueños. Porque desde ése entonces, siente tanto, pero tanto cansancio que duerme las mañanas y las Noches; los Inviernos y Veranos; las revoluciones y las fiestas; los pasos lentos del pueblo y las marchas de las botas y los tanques.

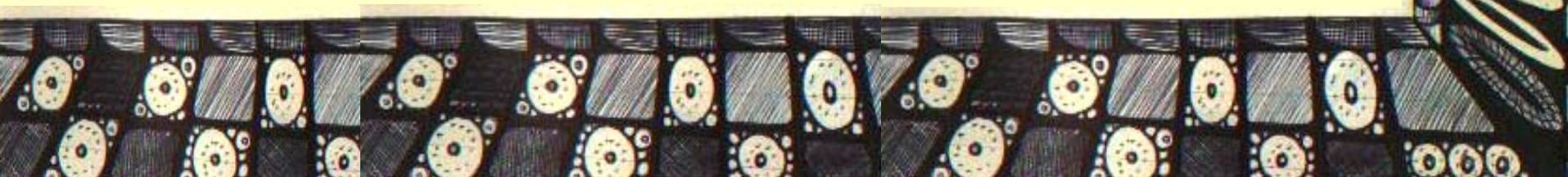


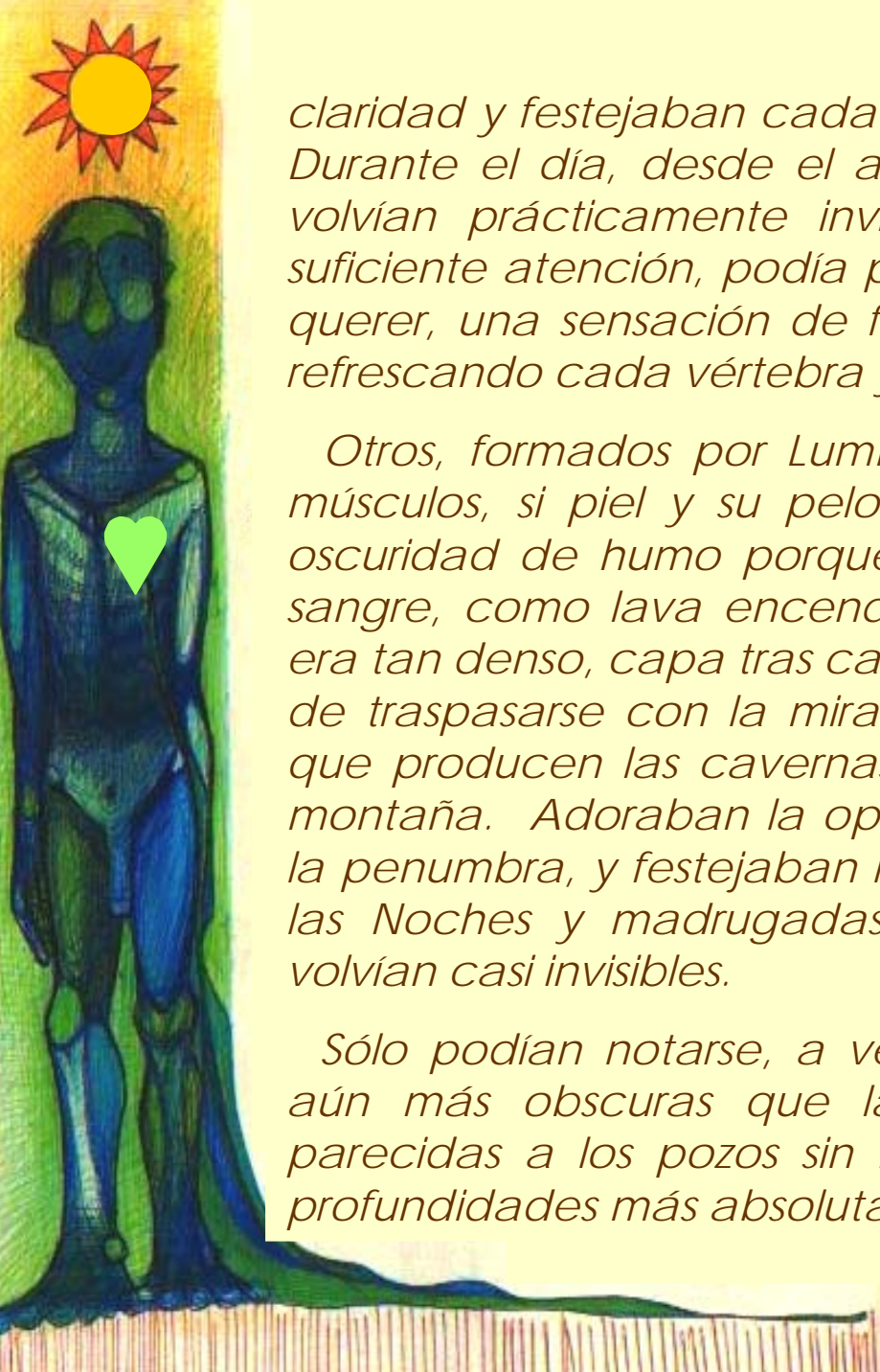
CAPITULO SEGUNDO:

LOS HIJOS DE LA TIERRA

Los hijos que Waira parió y los Astros formaron, eran seres bastante parecidos a los Hombres. Sin embargo, sus cuerpos no eran de carne, como los nuestros. Así que, no se enfermaban, ni morían, ni envejecían con el paso de las estaciones. No necesitaban comer, ni dormir. Ni siquiera se cansaban. Pero, aunque estaban formados de la misma arcilla original, del mismo material y elemento; eran completamente diferentes.

Unos, formados por Quimpú, eran Seres de Luz. Sus músculos, su piel y hasta su pelo irradiaban destellos de color azul intenso. La voz sonaba limpia y clara como el Ahua entre las piedras o el viento entre las ramas. Y, como eran íntegramente de Luz, eran transparentes. Se veía su corazón de Ahua, sus arterias, su sangre líquida que era la verdadera fuente de tanta luz inagotable. Adoraban a Quimpú y su

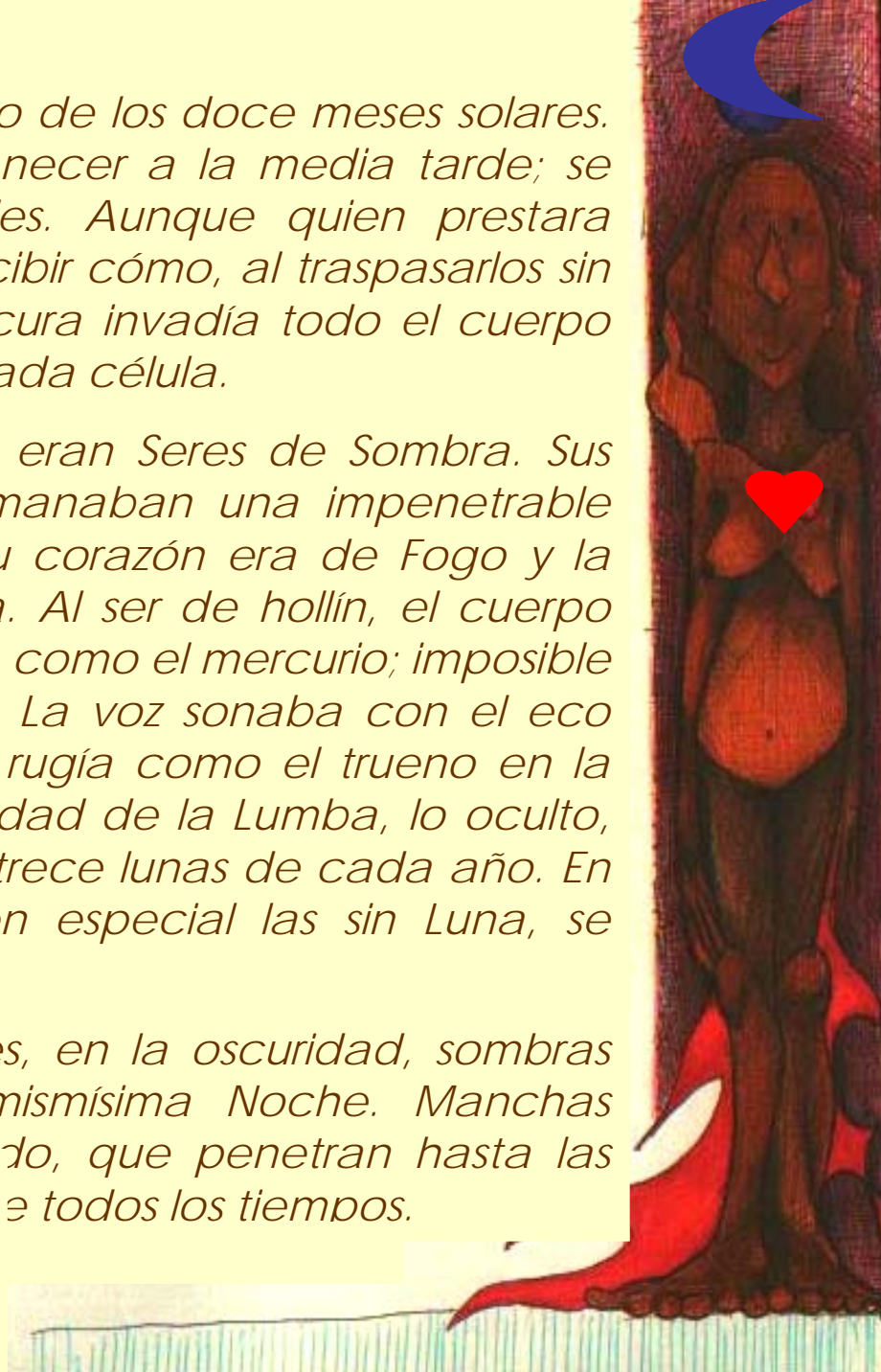





claridad y festejaban cada uno de los doce meses solares. Durante el día, desde el amanecer a la media tarde; se volvían prácticamente invisibles. Aunque quien prestara suficiente atención, podía percibir cómo, al traspasarlos sin querer, una sensación de frescura invadía todo el cuerpo refrescando cada vértebra y cada célula.

Otros, formados por Lumba, eran Seres de Sombra. Sus músculos, si piel y su pelo emanaban una impenetrable oscuridad de humo porque su corazón era de Fogo y la sangre, como lava encendida. Al ser de hollín, el cuerpo era tan denso, capa tras capa, como el mercurio; imposible de traspasarse con la mirada. La voz sonaba con el eco que producen las cavernas y rugía como el trueno en la montaña. Adoraban la opacidad de la Lumba, lo oculto, la penumbra, y festejaban las trece lunas de cada año. En las Noches y madrugadas, en especial las sin Luna, se volvían casi invisibles.

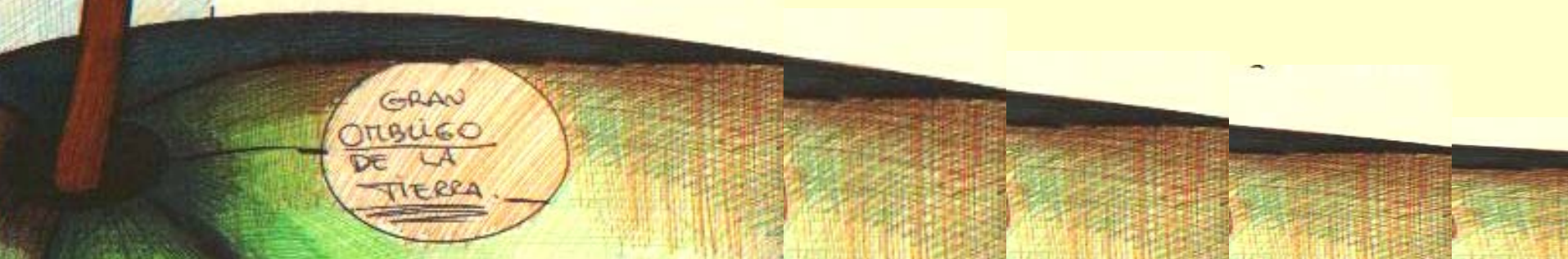
Sólo podían notarse, a veces, en la oscuridad, sombras aún más oscuras que la mismísima Noche. Manchas parecidas a los pozos sin fondo, que penetran hasta las profundidades más absoluta en todos los tiempos.





Los Seres de Luz, seguidores del Sol, se asentaron al oriente del Ombligo de la Tierra para poder verlo salir más temprano en la mañana. Y allí vivieron. Apareándose en los ríos tuvieron sus hijos. Que nacían de la mezcla del Ahua de sus corazones con el Ahua de la Waira. Y a la Luz del Día, para que Quimpú formara a sus hijos, del mismo modo en que los había formado a ellos.

Eran de carácter amable. Generosos, inocentes, gentiles, honestos, virtuosos. De clarísima y transparente inteligencia. Castos, puros, decentes. Bien nacidos, bien pensados, bien hablados, bien educados. Piadosos, bondadosos. De calma chicha. Excelentes compañeros y solidarios entre sí. Sanos, alegres, con buena disposición para enfrentar cualquier cosa. Confiados. Serenos y tranquilos por tener un corazón de Ahua.



GRAN
OMBLIGO
DE LA
TIERRA

Lo Seres de Sombra, seguidores de Lumba; se asentaron en dirección al poniente, del otro lado del Ombligo de la Waira. Allí vivieron. Se amaban sobre las llamas para tener sus hijos. Que nacían de la mezcla del Fogo de sus corazones con el de la hoguera encendida. Y en la oscuridad de la Noche, para que Lumba pudiera formarlos, como lo había hecho con ellos muchos siglos antes.

Eran irascibles por completo. Inflamables. Renegados. Desfachatados. Irreverentes, irrespetuosos, indecentes, obscenos. Amantes de todos los placeres, del peligro, de lo secreto, lo insondable. Desconfiados. Prepotentes. Bestiales, instintivos, incisivos, empecinados. Imprudentes. Tramposos. Mentirosos, farsantes, viciosos. Perversos, rufianes, groseros. De humor corrosivo y ácido. Crueles. Mal nacidos. Mal pensados. Mal predispuestos para todas las cosas. Mal educados. Sin piedad, ni vergüenza, ni escrúpulos, ni moral. Explosivos, por tener un corazón de Fogo.





Encuentros.

A pesar de que cada tribu permanecía en su sitio, era frecuente que se produjeran encuentros accidentales entre unos y otros Seres. Y les temían muchísimo; porque, el resultado del encuentro era casi siempre imprevisible. Y las huellas que dejaba en la piel y en el cuerpo; podían ser fatales.

Cuando un Ser de Luz, durante la Noche, se acercaba sin saberlo a un Ser de Sombra; se sumergía en un cono de oscuridad parda. Quedaba paralizado por el negro más absoluto que pudiera existir. Poco a poco, la penumbra se ponía del color del Fuego y quemaba como candela. Si el Ser de Luz era completamente transparente, bueno y puro, la frescura de su cuerpo podía resistir el calor abrasador; y al instante se repelían como aquellas antiguas partes del Embrión Original. Porque el Ahua y el Fogo poseen naturalezcas diferentes, y aún colocados juntos; no se mezclan.

MUERTE



Pero si tenía en el alma aunque fuera una única sombrita negra, una chispa de maldad, o una mancha de culpas del pasado, o de dudas; por allí el Fuego se le metía como un rayo. Moría quemado, y el cuerpo de Ahua se consumía en una volátil nube de vapor que pronto desaparecía en el cielo para siempre.

Cuando un Ser de Sombra, durante el Día, se acercaba sin querer a un Ser de Luz; quedaba enceguecido por una claridad tan potente que le hería los ojos de murciélago asustado. Y poco a poco, el fulgor se azulaba tanto que se parecía al océano. Y helaba la piel como el sudor frío.



MUERTE



Si el Ser de Sombra era completamente oscuro, perverso e irascible; las llamas de su corazón podían resistir el frío glacial; y, al instante, los dos cuerpos volvían a separarse como el Embrión Original.

Pero si tenía en el alma aunque fuera una única gota de inocencia, o conservaba la frescura intacta de un lindo recuerdo o de un sentimiento puro y bueno; por allí el Agua transparente se le filtraba como un manantial inagotable. Moría ahogado, y el corazón de Fogo se apagaba en un hilito de humo que se perdía en el Espacio para siempre.

Es por eso que en la Waira, por aquellos Días y Noches; sólo existían las almas enteramente buenas o malas; pero no las débiles. La duda se pagaba muy cara y los medios tonos no existían en la escala.





CAPITULO TERCERO:

LA TRIBU DE LOS SERES DE LUZ.

Lo único que los Seres de Luz necesitaban para vivir, era la claridad de Quimpú en el esplendor del mediodía y la renovación constante del caudal de sus ahuas interiores. Por eso alternaban baños de Sol y de Ahua a diario.

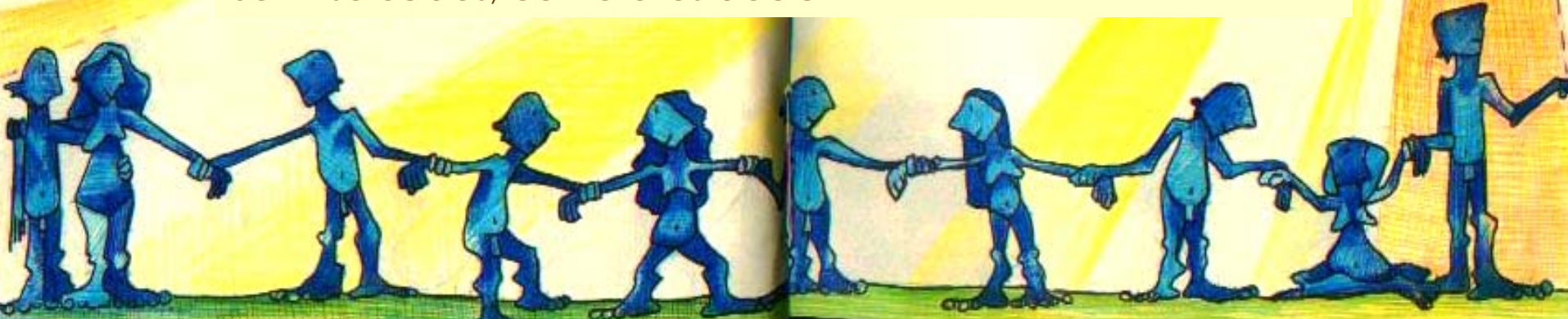
A diferencia de sus hermanos del Oeste, hacían casi todo colectivamente. No habían nacido para estar solos. Así que siempre permanecían tan juntos como pudieran estarlo. En todo momento se acompañaban mutuamente. Todo lo compartían y colaboraban unos con otros ayudándose en todas las tareas. Fuera o no fuera necesario.

Creían que el verdadero poder residía en la unión. Que una lucecita, mas otra, mas otra más; podían convertirse en una gran fuente de Luz casi tan potente como el mismísimo Quimpú. Que llevara claridad a todos los rincones del Universo desde siempre sumergido en la penumbra.

Asoleados. Baños de Sol.

Los baños de Sol eran reparadores. Todos los Seres de Luz se tendían sobre la Waira formando un círculo, de cara limpia al cielo. Miraban directamente al Padre con sus ojazos líquidos abiertos de par en par por tanto asombro. Y dejaban, sin prisa, que el calor templara de a poco los ríos tranquilos de su sangre. Que la claridad iluminara el corazón, los músculos, las fibras, los órganos internos. Que les inundara el pulso. Que los llenara de vida y energía.

Antes de que Quimpú se pusiera sobre el horizonte, volvían a refugiarse en el lecho de los ríos donde vivían. Y ahí se quedaban, en las Ahuas más profundas, abrazados en una única lumbre resplandeciente. Envueltos entre sí. Plenos de Sol. Asoleados, como ellos decían.

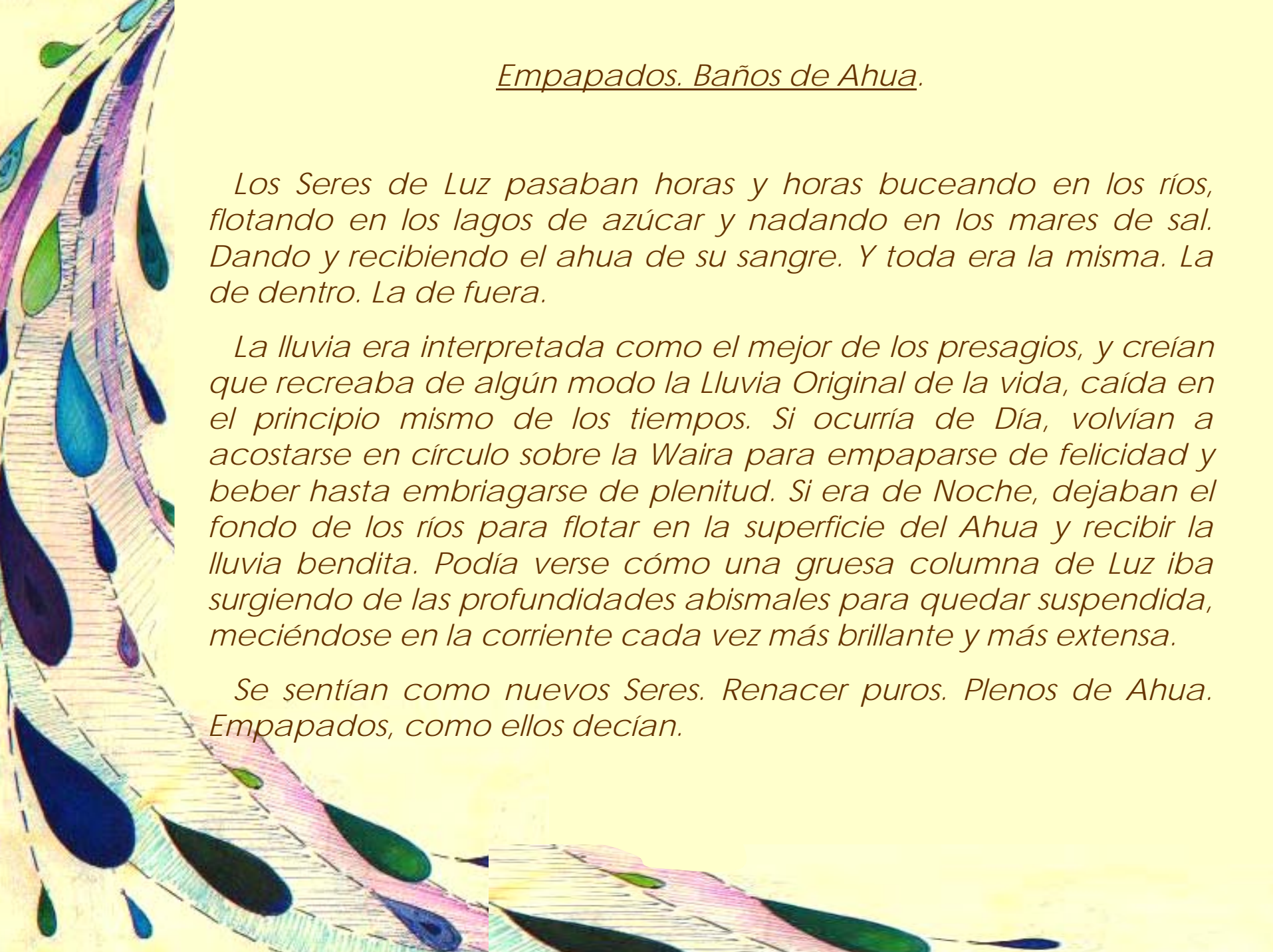


Empapados. Baños de Ahua.

Los Seres de Luz pasaban horas y horas buceando en los ríos, flotando en los lagos de azúcar y nadando en los mares de sal. Dando y recibiendo el ahua de su sangre. Y toda era la misma. La de dentro. La de fuera.

La lluvia era interpretada como el mejor de los presagios, y creían que recreaba de algún modo la Lluvia Original de la vida, caída en el principio mismo de los tiempos. Si ocurría de Día, volvían a acostarse en círculo sobre la Waira para empaparse de felicidad y beber hasta embriagarse de plenitud. Si era de Noche, dejaban el fondo de los ríos para flotar en la superficie del Ahua y recibir la lluvia bendita. Podía verse cómo una gruesa columna de Luz iba surgiendo de las profundidades abismales para quedar suspendida, meciéndose en la corriente cada vez más brillante y más extensa.

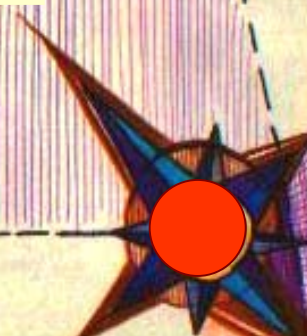
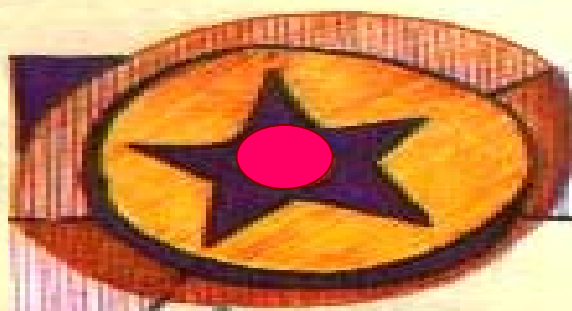
Se sentían como nuevos Seres. Renacer puros. Plenos de Ahua. Empapados, como ellos decían.





Buenos Días.

Y venían las Noches, que se les hacían insoportablemente eternas. Creían que si algo errado había en el mundo que lo hiciera imperfecto e injusto; era la oscuridad que se apoderaba del cielo por las tardes y se instalaba ahí hasta el amanecer. Sin Quimpú, todo se veía triste y amenazador. Así que, aprovechaban las horas nocturnas para cantar y compartir historias antiguas siempre ciertas, porque no sabían mentir, ni eran buenos para inventar. Estaban convencidos de que inventar no tenía demasiado sentido, porque comprendían que la mayor belleza sólo podía existir en la Naturaleza de las cosas simples. Hermoso era el cielo, y ahí estaba para mirarlo cuantas veces quisieran alzar los ojos. Los colores de las flores. El aroma de la lluvia cuando riega la Waira seca. El rayo que disipa la oscuridad de la Noche. Las formas de los frutos. La suavidad y tersura del durazno. La transparencia luminosa de las cebollas. El olor fresco





de la albahaca. La simetría perfecta de los gajos en los cítricos. Las caderas generosas y llenas de la pera. El azul del lino cuando lo mece el viento.

Tanta belleza y perfección, no podía haberse imaginado nunca. Y existía. Podía tocarse, mirarse, olerse. Era real.

Sembrando

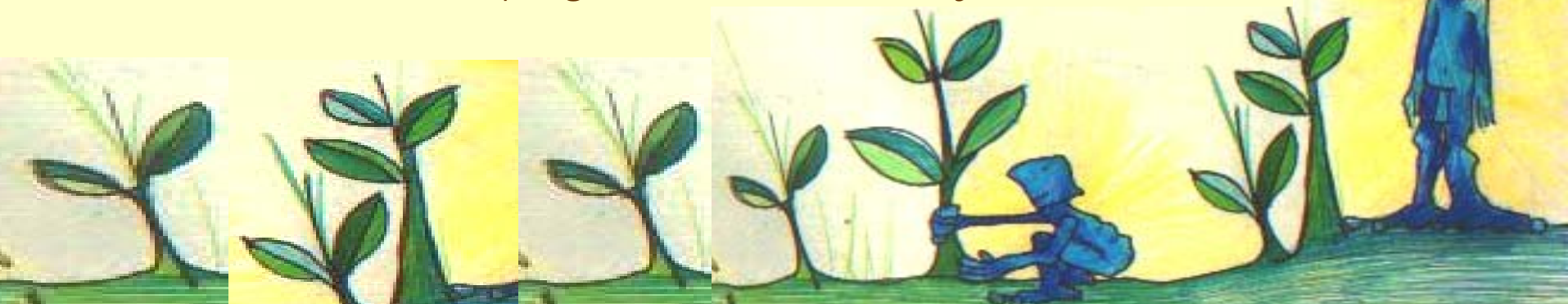
A pesar de que no tenían más necesidades que las de Sol y Ahua, su espíritu era voluntarioso. Así que, para no aburrirse, comenzaron a labrar la Waira. Creían que todas las especies Vegetales eran algo así como sus hermanas menores; nacidas del mismo vientre y de la misma Madre. Y que, por tener raíces en vez de pies, ellos debían protegerlas con el mayor cuidado y esmero posible.


Con el tiempo, los Seres de Luz convirtieron el cultivo de la Tierra en uno de los principales motivos de sus vidas. Una experiencia mágica, profundamente religiosa. Y lo hicieron con igual dedicación y amor por cientos y cientos de años.



Al sembrar, retornaban al tiempo misterioso del origen. Repetían la lluvia de semillas. Con sus voces de cascada, cantaban a los Vegetales cómo los Astros, con sus voces de eco, les habían contados que habían aparecido sobre la Waira. A las batatas, la historia de la batata. Al trigo, la del trigo. Y sólo porque ellos conocían tan bien éstos relatos y los repetían cada año, era que las plantas podían crecer y multiplicarse. Así que, llenos de alegría y gracia, dejaban caer los nuevos gérmenes cada año. Y cantaban. Cantaban que amaban a Quimpú que los alumbraba y que hacía crecer las hojas de las plantas. Encender el cereal dorado en las praderas. Madurar los frutos. Despertar la flor de su capullo. Entibiar sus cuerpos de ahua. Recrear día a día el milagro de la vida.

Se sentían muy bien cuidando cotidianamente de sus huertas. Viendo cada progreso. Cada nueva yema o brote





incipiente. Se les llenaban los ojos de mil tonos de verdes. De rojos. De púrpuras. Ocres. De todos los colores. De todas las formas. De todos los reflejos que flotaban en el Ahua. Y cantaban con sus voces de fuente.

Y eran felices a su manera.

La tristeza del Invierno.

En Otoño e Invierno, sufrían mucho el acortarse de los Días. Sentían cómo la Luz de Quimpú era cada vez más débil y su intensidad no alcanzaba a reponer completamente sus fuerzas. Por eso pasaban las estaciones frías sumergidos en el Ahua, la única fuente de alimento que permanecía inalterable. Algunas veces, la luz que brotaba de sus cuerpos se iba apagando a pesar de todo. Las gargantas se cerraban, de tristeza, y, en vez de cantos, sólo salían gemidos y lamentos.

No conocían el Fuego. Y quizás por eso, cada vez que llega-



ba ésta época del año; temían que el frío, la oscuridad y la Muerte se apoderaran para siempre del Universo. Que el mundo se acabara. Que Quimpú hubiera muerto y nunca regresara por sus hijos.

Entonces, salían del Ahua, sólo una vez por cada Invierno; para repetir un ritual muy viejo. Le pedían al Sol que escuchara sus ruegos. Que siguiera brillando en el firmamento. Que les devolviera la vitalidad, la esperanza y el canto dulce. Que soportara sin desfallecer la mengua de sus fuerzas y sobreviviera hasta la Primavera.

El rito del manté

Todos los años era necesario cosechar las hojas de la planta de Yerba Manté, sagrada, de un delicado aroma y sabor. Almacenarlas cuidadosamente. Molerlas en el más respetuoso silencio. Ahuecar una gran calabaza. Secarla al Sol. Decorarla por fuera con diferentes colores y jugos vegetales.





Cada uno de los Seres de Luz debía verter una lágrima del Ahua de sus corazones en la calabaza, como ofrenda al Padre Quimpú. En éste líquido, el más puro y claro, preparar con la yerba una infusión. Se entibiaba enterrándola lo más cerca posible del gran Ombligo de la Waira, origen de todos los orígenes. Se desenterraba un mediodía, y se bebía no sin ciertas precauciones.

Todos debían sentarse en ronda, y una mujer empezar a sorber, a través de una pequeña caña cerrada en un extremo y con perforaciones en sus lados (bombilla), el líquido verduzco. Sólo se tomaba un poco, y se pasaba el cuenco a quien se encontraba a la diestra repitiendo un poderoso conjuro con sus voces de ocarina. Así todos, uno por uno, hasta acabar la grandísima cebadura de manté que preparaban.

Era muy importante realizar cada año el ritual del manté. Lo preparaban con su sangre de ahua y la hierba sagrada. La Waira lo acogía en su seno y lo entibiaba con su calor de Madre.

Y, al beberlo, regresaba bendito y verde a correr por las venas y el cuerpo de todos ellos; devolviéndoles la voz y la fe. Habían renovado el tiempo, el mundo nacía de nuevo por y para ellos; la vida sería posible y buena por otro año más.

Al llegar la Primavera, y, mientras regresaban definitivamente a la Waira, adoraban a Quimpú y cantaban de felicidad con sus voces de cascada.

Así, año tras año.

Eclipses de Sol

También temían a los eclipses, en los que veían el peor de los augurios. El de la condena a una Noche eterna.

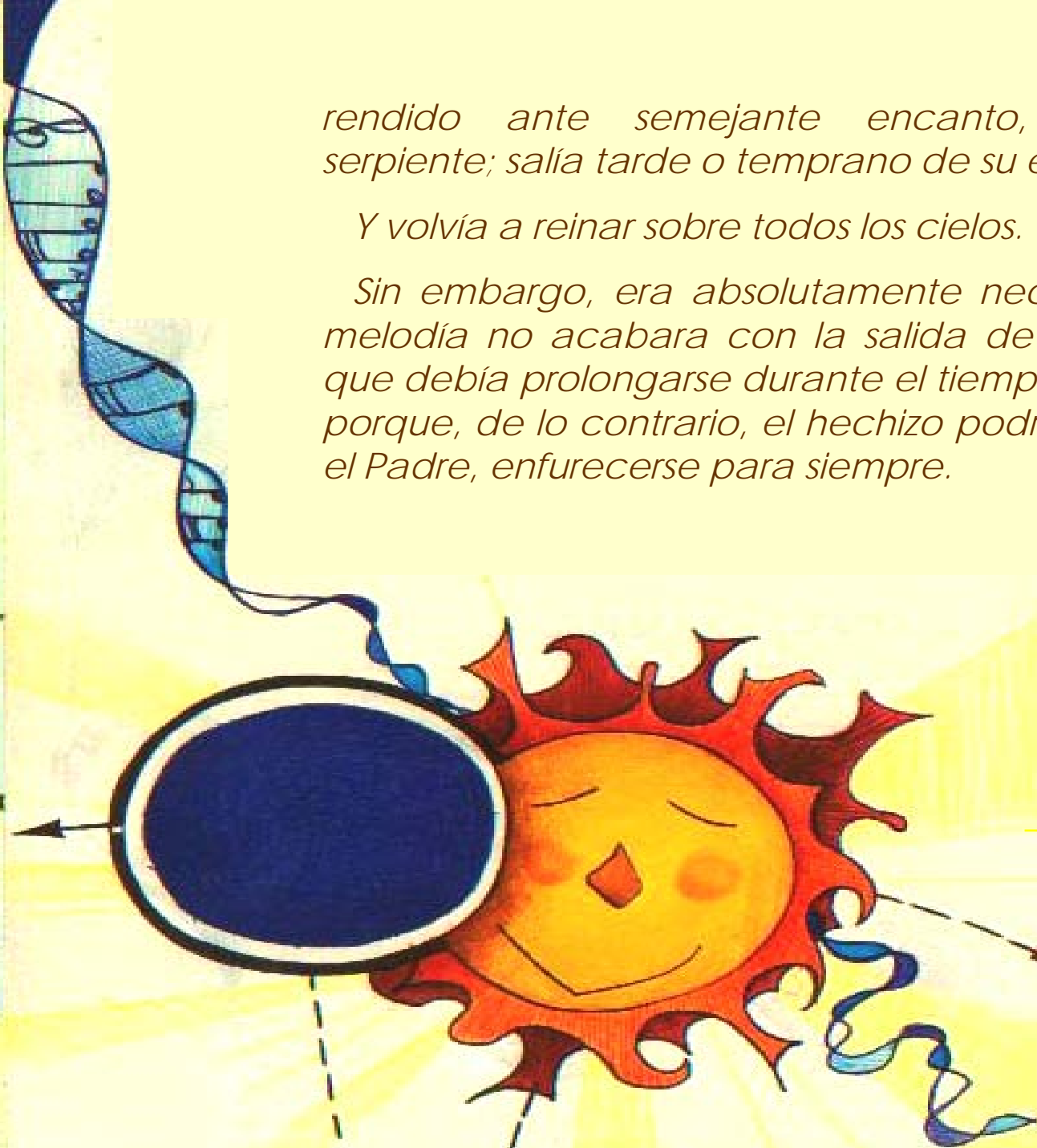
Cuando esto ocurría, y en plena mañana, Quimpú quedaba total o parcialmente oculto; cantaban todos al unísono y mantenían la armonía durante los doce Días y doce Noches que seguían. El poder de sus voces era tal, que la melodía lograba embrujar al Sol, que



rendido ante semejante encanto, como una serpiente; salía tarde o temprano de su escondite.

Y volvía a reinar sobre todos los cielos.

Sin embargo, era absolutamente necesario que la melodía no acabara con la salida de Quimpú. Sino que debía prolongarse durante el tiempo establecido, porque, de lo contrario, el hechizo podría romperse, y el Padre, enfurecerse para siempre.



CAPITULO CUARTO:

LA TRIBU DE LOS SERES DE SOMBRA

Los Seres de Sombra, sólo necesitaban para vivir la oscuridad impenetrable de la Noche y mantener ardiendo la lava de su sangre. Por eso alternaban baños de Lumba y de Fogo a diario.

A diferencia de sus hermanos del Este, eran de hábitos muy solitarios. Sus rituales y ceremonias eran siempre privadas y las realizaban en soledad. En la máxima intimidad de sus cuevas.





Alejados de los otros. De toda presencia. Sólo así podían contemplar la única llama eterna. La única luz verdadera. Que nunca se apagaría. Que podía crecer ilimitadamente. Hasta consumirlo todo. El fuego de sus almas.

Sabían que lo único cierto estaba dentro de ellos. Que ahí los esperaba toda la fuerza, la riqueza y la magia. Sólo apartados del murmullo y la confusión de las otras voces podían encontrar la propia. Y, al descubrirse a sí mismos, se sentían uno con el cosmos. Regresaban a lo verdadero, a lo original, a lo genuino.

Alunados. Baños de Lumba


Los baños de Lumba eran verdaderamente refrescantes. Lo Seres de Sombra salían todas las madrugadas a caminar meditando en soledad sobre cuál era el sentido último de cada cosa. Andaban sin rumbo, ensimismados, perdiéndose y confundiéndose cada vez más con la neblina nocturna.

Cuando encontraban un sitio especial, y quedaban completamente solos en el silencio y la penumbra más espesa; se tendían sobre los lomos de la Waira. De cara limpia al cielo.

Contemplaban absortos, la bóveda celeste. Encendida en millares de diminutas estrellas. Chispas cósmicas. Partículas blancas del talco lunar suspendidas en el gran Espacio azul.

Y se quedaban así por horas. Mirando la Lumba. Dejando que con su encanto y su polvo de yeso les cubriera toda la piel.





Antes que llegara la claridad del alba, volvían a sus cuevas. Envueltos en su manto de tiza y Noche. Plenos de Lumba. Alunados, como ellos decían.

Encendidos. Baños de Fogo

En cada cueva vivía un solo Ser de Sombra, con sus dos hogueras siempre encendidas: la de dentro y la de fuera de la piel. La tribu mantenía siempre cientos de piras ardiendo. Y todos pasaban, a diario, mucho tiempo en soledad; metidos dentro del Fogo. De pié sobre las brazas. Intercambiando llamas con la fogata; inflamándose, ardiendo juntos tanto tiempo como fuera posible. Se sentían renacer. Llenos de energía. Encendidos, como ellos decían.

Y eran mucho más felices a su manera.

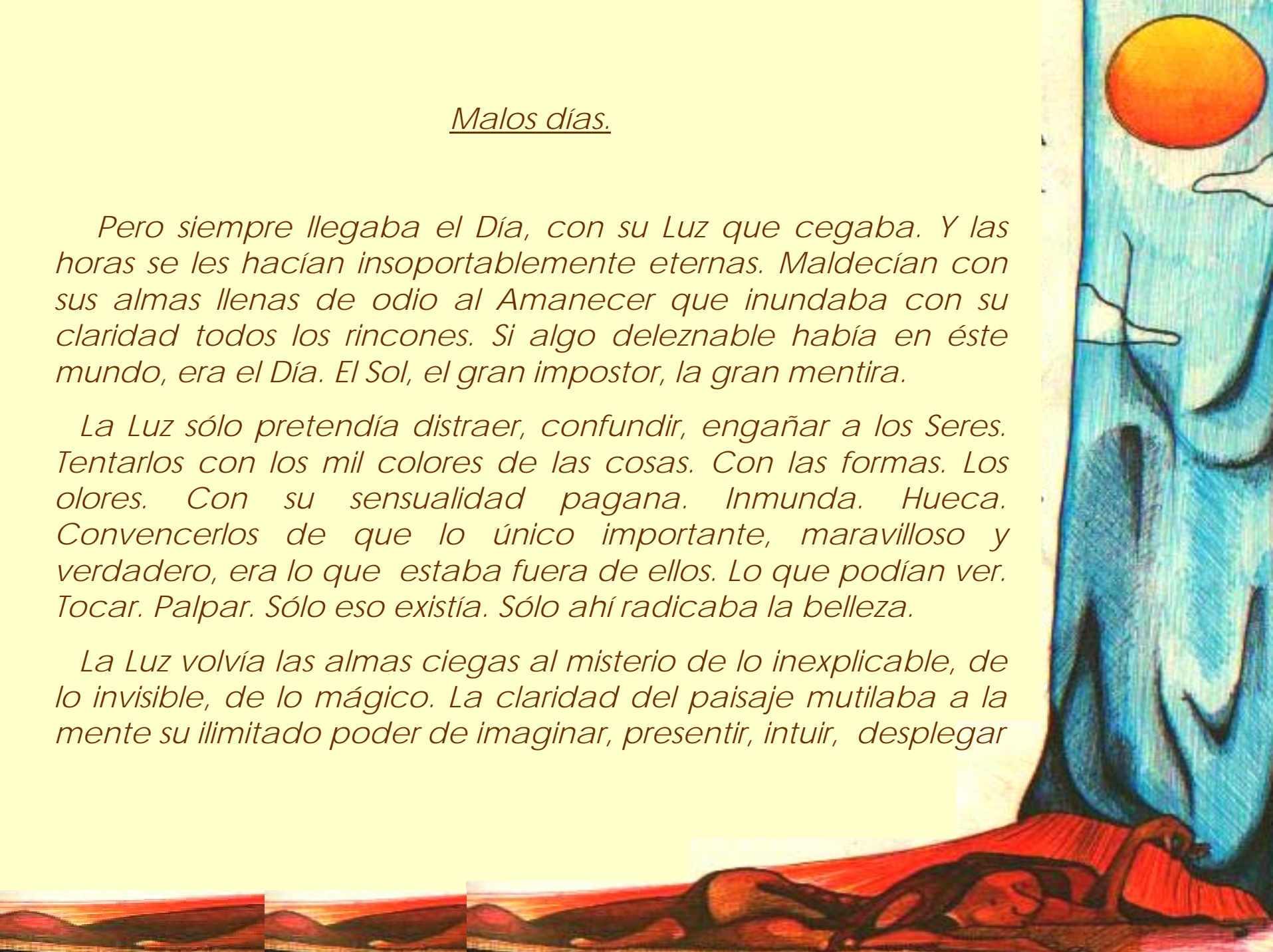


Malos días.

Pero siempre llegaba el Día, con su Luz que cegaba. Y las horas se les hacían insoportablemente eternas. Maldecían con sus almas llenas de odio al Amanecer que inundaba con su claridad todos los rincones. Si algo deleznable había en éste mundo, era el Día. El Sol, el gran impostor, la gran mentira.

La Luz sólo pretendía distraer, confundir, engañar a los Seres. Tentarlos con los mil colores de las cosas. Con las formas. Los olores. Con su sensualidad pagana. Inmunda. Hueca. Convencerlos de que lo único importante, maravilloso y verdadero, era lo que estaba fuera de ellos. Lo que podían ver. Tocar. Palpar. Sólo eso existía. Sólo ahí radicaba la belleza.

La Luz volvía las almas ciegas al misterio de lo inexplicable, de lo invisible, de lo mágico. La claridad del paisaje mutilaba a la mente su ilimitado poder de imaginar, presentir, intuir, desplegar





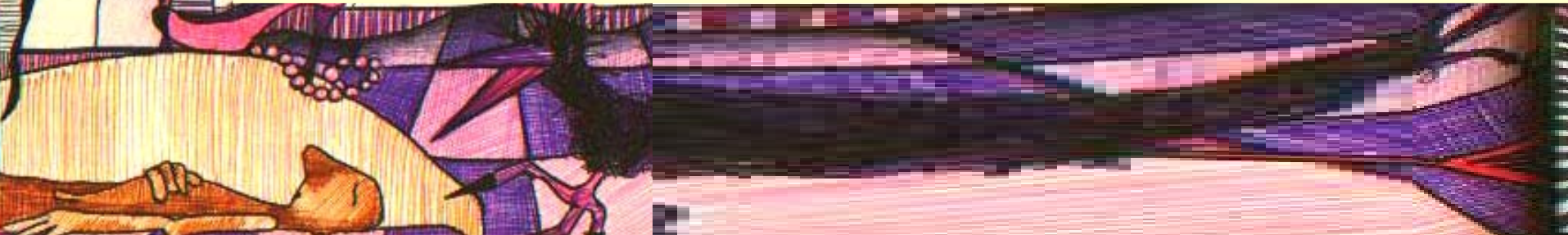
y desarrollar su sexto sentido. El Sol aprisionaba el corazón de los Seres. Levantaba ante los sueños la barrera de lo posible. De lo probable.

Los Seres de Sombra, desconfiaban profundamente de las apariencias. De los sentidos. De la belleza externa. De la máscara de la simpleza. De la bondad. De la tranquilidad. De la inocencia.

Verdadero era lo oculto. Lo insondable. Lo que se esconde bajo sucesivos velos. Lo que fluye bajo la Waira. Lo que se adivina en el aire. Lo que no puede verse, pero dirige y determina el curso de todas las cosas.

Sin la Lumba y sus frágiles senderos de harina. Sin el revés de la trama. Sin los hilos secretos que unen los actos; nada tenía sentido. Todo se volvía irremediablemente vacío, falso.

Cada vez que empezaba a asomar el Sol por el horizonte, como fieras furiosas se revolvían en sus sitios. Envenenados. Asqueados, maldecían con sus bocas de alcantarilla. Escupían chispas. Aullaban una bronca visceral incontenible. Y puteaban en el idioma más obscuro de todos los Infiernos.



Así cada Día. Cada mañana. Retorciéndose de ira. Mintiendo historias groseras, asquerosas o perversas, que, también en soledad; inventaban. Nada era, en el mundo, como debía ser. Lo que tenían delante era desprolijamente hipócrita. Chabacano. Chato. Y conformarse con eso; Simplemente mediocre. Así que, lo único que valía la pena estaba en el pozo inagotable, inconscientemente sincero y genuino de los sueños. Igual de real que lo vivido; pero mucho más rico y sabio. Y era lo único que les quedaba.

Además de ser inmorales, eran inmortales como los Seres de Luz. Y, a pesar de ello; podían sentir la crueldad extrema de la Muerte en el perfume trémulo de las flores. La Naturaleza, generosa y fértil; era despiadada. Bajo las formas vistosas dormía el horror agazapado. Los árboles secos. Las frutas podridas. Y ellos podían olerlo como al agua estancada en los pantanos. Respirarlo. Sentir náuseas.





Por eso inventaban cuentos. Espeluznantes. De ésos que hacen temblar y que desvelan para siempre. Pero que desnudaban su sentido y verdadera esencia. Se presentaban a sí mismos como macabros. Y en eso no engañaban a nadie.

Y maldecían con sus voces de inframundo.

La bronca del Verano.

En Primavera y Verano renegaban muchísimo con los Días cada vez más largos y luminosos. Estaban obligados a permanecer durante mucho más tiempo en sus grutas. Como las Noches eran claras, tibias y cortas; el talco de Lumba con el que se bañaban, no alcanzaba para cubrirles todo el cuerpo.

El Fogo, entonces, se convertía en la única fuente de alimento que permanecía constante durante todo el año. Pasaban las estaciones cálidas viviendo dentro de sus fogatas. Por las Noches, salían a juntar ramas secas y hojas para mantener vivas las hogueras domésticas y a recibir los cada vez más débiles



y breves baños de polvo de tiza.


Pero, a pesar de todo, e veces el fogo del corazón menguaba y parecía reducirse a las puras brasas. Las voces de trueno que tenían se volvían cada vez más graves y cavernosas. Las gargantas de sumidero se cerraban de bronca y las maldiciones se transformaban en torpes sonidos guturales.

Cada Verano; temían que el calor, la Luz y la Naturalezca se apoderara para siempre del mundo. Que el Universo fuera devorado por los vegetales. Que la Lumba hubiera muerto herida por el latigazo de los rayos del Sol. Que nunca regresara por sus hijos.

Entonces, salían del Fogo, una vez por cada Verano, y repetían un ritual muy pero muy antiguo.

No imploraban como sus hermanos del Este. Exigían a la Lumba que soportara la cegadora claridad. Que mantuviera sus infinitos velos hinchados de misterio. Que sostuviera en sus manos los hilos secretos de las almas. Que resistiera y sobreviviera, aunque más no fuera hasta





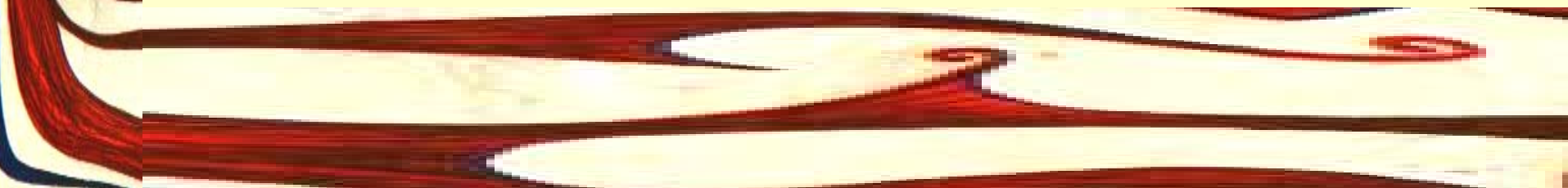
hasta el siguiente Otoño.

El rito de los Seres de Sombra: La paicha.

La única labor que los Seres de Sombra realizaban en comunidad, era la elaboración de la paicha. Esta bebida, resultaba de la fermentación del maíz en agua azucarada.

Para esto, era absolutamente necesario superar, no pocos inconvenientes de 'organización'. Si de verdad querían evitar que la Lumba muriera, claro. Y, con ella, el misterio profundo de las cosas.

Primero, ponerse de acuerdo sobre qué Noche debería elaborarse, de qué forma la harían ésta vez, cómo la distribuirían entre ellos, etc. Acostumbrados a vivir como ermitaños, de un modo absolutamente solitario, cada uno en su cueva, con sus pensamientos y costumbres; que coincidieran en algo resultaba casi imposible. Para los Seres de Sombra, discutir era mucho más que un deporte: era un impulso natural que no podía conte-

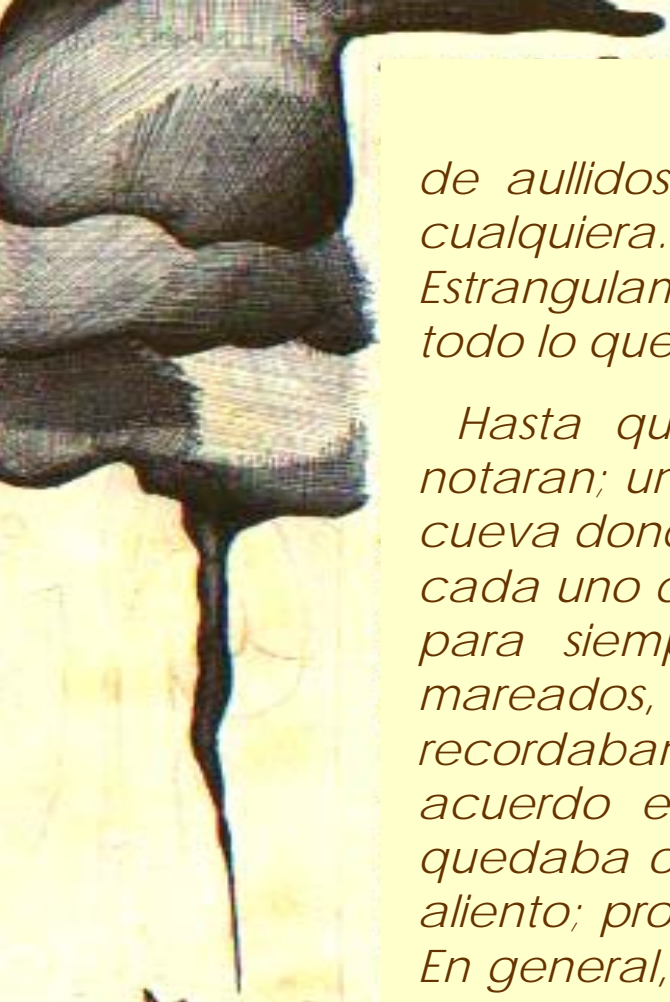


nerse. Como el estornudo. O el hipo.

Cada vez que se reunían, se trezaban en tantas discusiones paralelas como podían mantener. Superpuestas, crecían hasta límites insospechados. Como eran tan tercos y obstinados, la polémica podía durar varias semanas seguidas. Los corazones se les encendían más de tanta rabia. Las llamas trepaban hasta asomarles por los ojos. Se enloquecían y escupían bocanadas de fuego. Nadie estaba de acuerdo con nadie. Nadie intentaba convencer a nadie. Ninguno ponía paños fríos en la cuestión, ni trataba de conciliar o aplacar un poco los ánimos. Así que, se volvían peligrosamente inflamables.

Llegado éste punto, todo empeoraba aún más. Porque era sabido que siempre acababan a los golpes. Las voces, secas de tanto gritarse, putearse unos a otros y burlarse de los demás; ya no servían para demostrar quién era uno. De modo, que había que arremangarse y empezar por ubicar a cada quien en su justo sitio. Y la reunión se convertía en un revoltijo de fogos, una batahola de





de aullidos de fieras salvajes. Puños que arremetían contra cualquiera. Patadas voladoras. Gritos provocadores. Chispas. Estrangulamientos fallidos. Amenazas. Arañazos. Mordeduras, y todo lo que estuviera a su alcance.

Hasta que, después de tanto y tanto arder, sin que lo notaran; una nube de humo iba creciendo dentro de la gran cueva donde estaban metidos. El aire se viciaba. Y el fuego que cada uno de ellos era, corría peligro de ahogarse y extinguirse para siempre. Empezaban a sofocarse, a toser, a caer mareados, rendidos sobre la Waira. Ya agonizando, recordaban que no podían salir de ahí sin antes ponerse de acuerdo en cómo salvarían a la Lumba. Y, como no les quedaba otro remedio, alguno de ellos, con su último hilo de aliento; proponía en voz alta cómo hacer la paicha ésta vez. En general, nadie corregía nada. Porque estaban agotados a tenían el espíritu hecho unas pocas bracitas.



Entonces sí, ni bien escuchaban la propuesta (que quedaba automáticamente aceptada); salían en franca estampida, a toda velocidad corriendo a campo traviesa. Hasta donde las piernas les dieran. O hasta encontrarse solos y abandonarse bajo la Lumba que los cobijaba entre sus tules blancos. Recién ahí, les volvía el alma al cuerpo.

El segundo paso, era robar el maíz y el azúcar que sus hermanos del Este producían del otro lado del gran Ombligo de la Tierra.

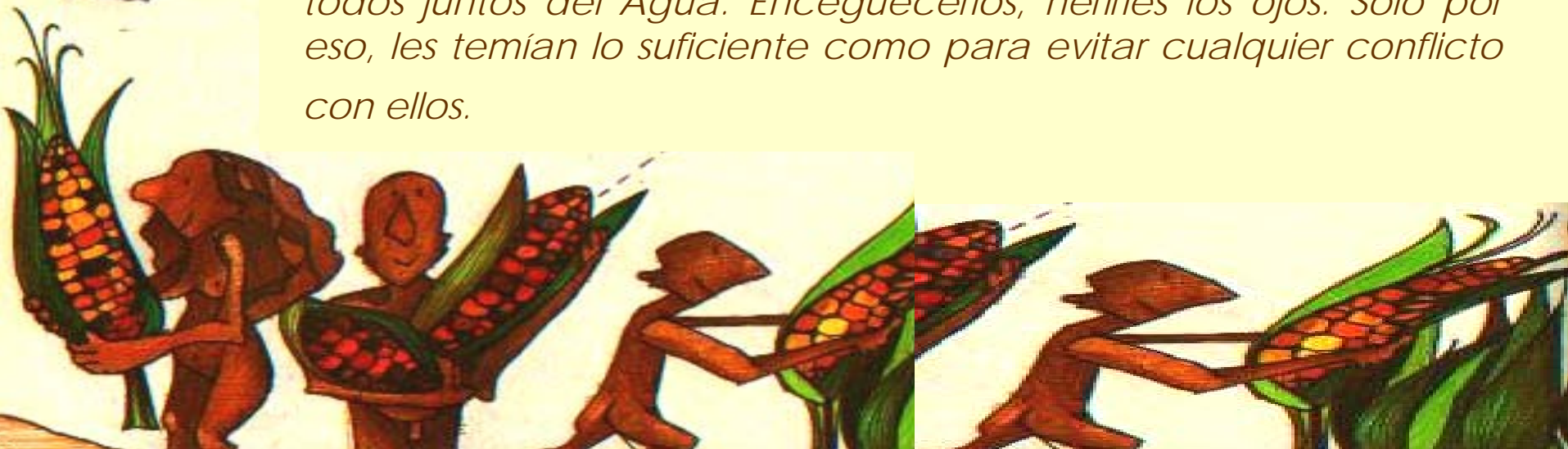
Como, por definición, la Naturaleza era cruel y despiadada; ellos se negaban sistemáticamente a sembrar. Se les revolían las tripas negras como el carbón de sólo pensar en cultivar cualquier planta; aún lo imprescindible para el rito anual del renacimiento de la oscuridad y de la noche. Jamás serían cómplices de la muerte.

Para hacerse del maíz y de las cañas, aprovechaban las cálidas noches de febrero cuando el fruto estaba maduro, los Seres de Luz sumergidos en el Agua de los ríos, y ellos se volvían prácticamente invisibles.



Corrían a toda velocidad, agazapados, hasta atravesar el gran Ombligo de la Tierra como un rayo. Llegaban a los cultivos de la otra tribu y los saqueaban. Arrancaban a manos llenas el producto del esfuerzo ajeno. Disimulaban la sonrisa que les bailaba en el rostro al pensar cómo los Seres de Luz, al alba; buscarían sus adorados frutos. Sus hermosas mazorcas. Sus dulcísimas cañas. Sus frías almas de Agua tenían que acostumbrarse a aceptar la incertidumbre. La fragilidad de la carne. El destino de lo perecedero. Sus ojos de asombro tenían que aprender a ver en la verdad, la muerte. Que inevitablemente, besaría cada pétalo y cada grano de trigo aunque ellos no lo arrancaran de sus tallos.

En cierta forma, se divertían con su ingenuidad. Pero sólo para sus adentros; porque los Seres de Luz podían escucharlos y salir todos juntos del Agua. Enceguecerlos, herirles los ojos. Sólo por eso, les temían lo suficiente como para evitar cualquier conflicto con ellos.

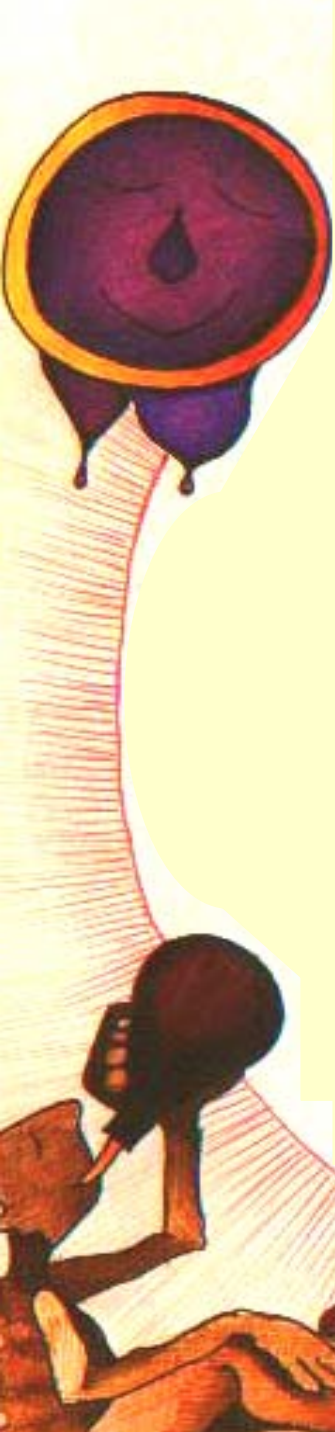


Cuando ya se habían alzado con todo, volvían corriendo, conteniendo la risa. Como chicos que juegan al patrón de la vereda, y apenas pasan la línea dibujada en las baldosas; se sienten a salvo. Igual: ni bien traspasaban el Ombligo, estallaban en una sola carcajada que el eco multiplicaba hasta el infinito. Y le hacía cosquillas a la Lumba. Le zumbaba al Sol en el oído. Se metía en el Agua de los ríos donde los Seres de Luz dormían con su calma chicha y en su santa paz. Los rondaba como un mal presagio que no eran capaces de percibir ni descifrar. Y se les volvía a reír una y otra vez en sus transparentes orejas líquidas.

A la mañana siguiente, comenzaba la elaboración de la bebida.

La almacenaban en grandes cuencos que hacían. La estacionaban. La repartían. Cuando salía la Lumba, mirándola fijamente, en la soledad más absoluta; la bebían sin ninguna moderación. De un solo trago, con los ojos cerrados para concentrarse en la textura del brebaje que corría garganta abajo. En el efecto combustible que producía en el Centro de Fogo. Así,

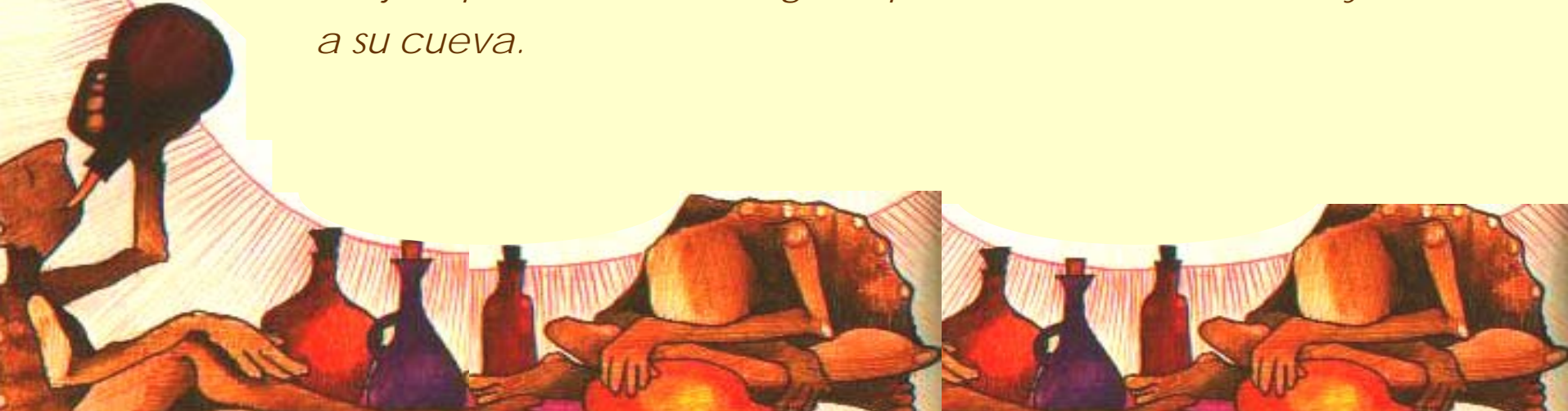




A ése modo de beber lo llamaban a 'fondo blanco', porque debían tragar todo el líquido de un solo sorbo. Lo hacían ciegos, a tuntas; Y lo primero que debían contemplar al abrir nuevamente los ojos; era a la Lumba. De éste modo, se recreaba el nacimiento de la vida en la Waira. La Paicha, simbolizaba la leche helada con que la Luna los había amamantado en el principio del tiempo. Al tragarla, el ritual exigía descansar en su blancura opaca para aceptarla, nuevamente, como nodriza de crianza. Adorarla. Y entregarle el cuerpo, el alma y la vida para siempre.

Alquimia.

Cuentan que, en una fría tarde de algún invierno, uno de ellos descubrió un extraño tipo de tierra de grano muy fino. Blancuzca o rojiza, pero suave. Recogió aquel material en soledad, y lo llevó a su cueva.



Trató de encender con él el fuego; pero no ardía. De cubrirse con ella como por las noches lo abrigaba el talco de la Lumba; pero se desprendía fácilmente y no lo llenaba de energía. Así que, puso aquella extraña sustancia sobre una chala del maíz robado; y se olvidó de ella.

Una mañana de lluvia, un par de gotas de Agua se filtraron desde el techo de su cueva. Cayeron sobre la hoja. Hidrataron cada molécula de aquel polvo exótico y raro. Y, como por arte de magia; lo unieron en una pasta blanda, tierna, maleable y plástica.

Cuando descubrió aquel barro inmundo, renegó tan fuerte como pudo. El material se había echado a perder. Puteó. Maldijo la lluvia que llovía. El Agua que se filtraba y podía apagar su hoguera. A la cueva vieja llena de goteras que tendría que sellar. Maldijo su suerte, el Verano, el Sol, a sus hermanos del Este. Maldijo todo lo que podía maldecir de tanta bronca y rabia.





Después, decidió sacarla de allí y tirarla a la intemperie. Pero cuando la tuvo entre sus manos, la sintió tan agradable al tacto. Le pareció ya haberla acariciado antes. Y le vino a la memoria un recuerdo muy antiguo, de algo que, a pesar de no haber visto ni vivido nunca, sin embargo; le era demasiado familiar. Entonces, reconoció en ésa pasta rojiza la gran bola original que los astros habían descrito.

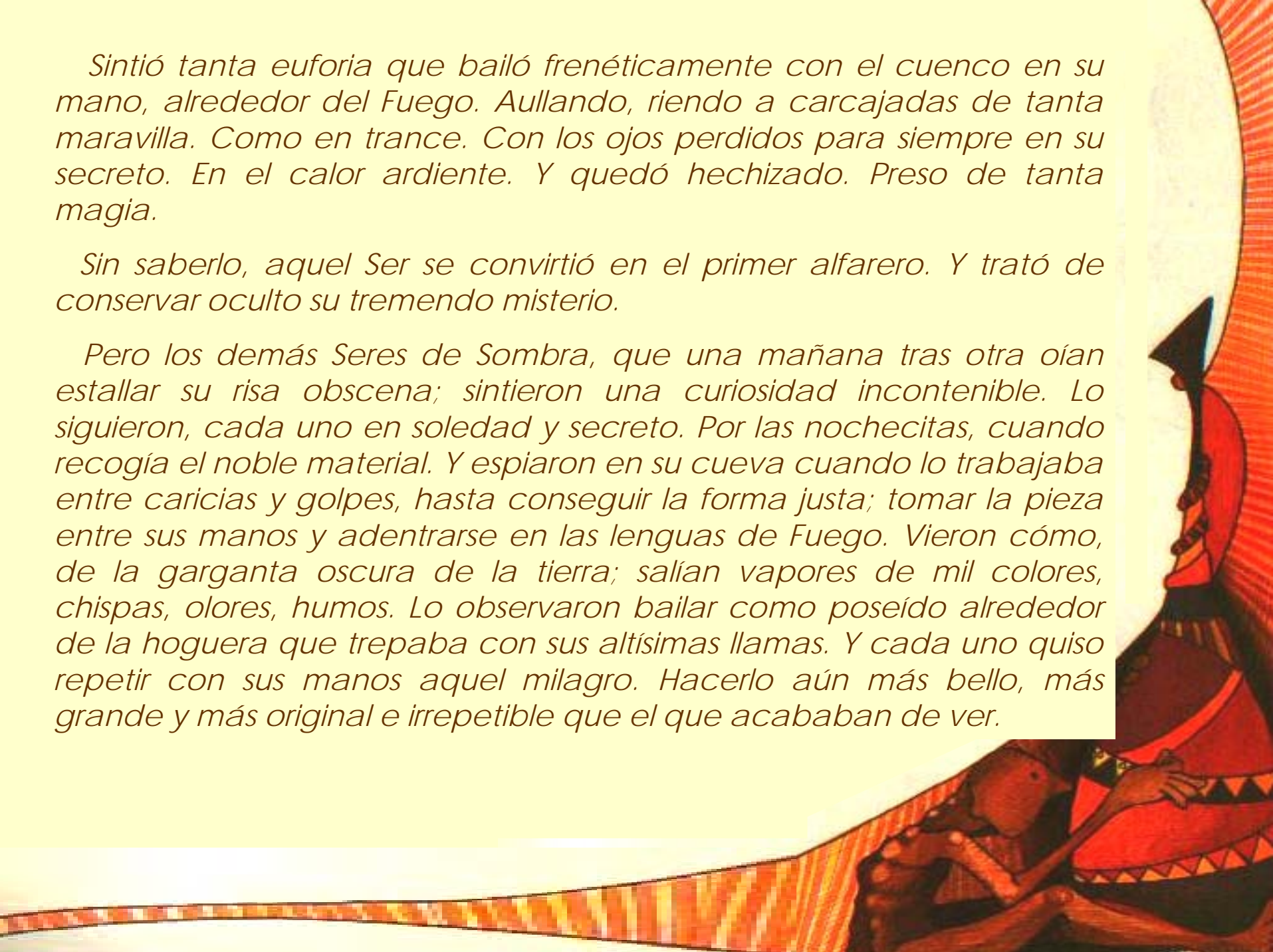
Así que, la amasó, estiró y moldeó de la misma manera en que la Lumba los había formado a ellos en el inicio mismo de todos los tiempos. Se maravilló de la tersura, de la tibieza húmeda y parda. Para darle vida, sólo le faltaba un corazón de Fuego. Entonces, se introdujo con ella, en el centro mismo de la hoguera que ardía eternamente en cada gruta. La vio cambiar de colores muchas veces. Ponerse translúcida. Líquida. Amarillenta. Porosa. Encendida en rojos ardientes. Opacarse. Fundirse. Endurecerse. Vio chispear y crepitar el Fuego al agregarle minerales, sales, o incluso algunas hojas secas. La vio teñirse, arquearse, contraerse, ahumarse, empequeñecerse; pero no quemarse.



Sintió tanta euforia que bailó frenéticamente con el cuenco en su mano, alrededor del Fuego. Aullando, riendo a carcajadas de tanta maravilla. Como en trance. Con los ojos perdidos para siempre en su secreto. En el calor ardiente. Y quedó hechizado. Preso de tanta magia.

Sin saberlo, aquel Ser se convirtió en el primer alfarero. Y trató de conservar oculto su tremendo misterio.

Pero los demás Seres de Sombra, que una mañana tras otra oían estallar su risa obscena; sintieron una curiosidad incontenible. Lo siguieron, cada uno en soledad y secreto. Por las nochecitas, cuando recogía el noble material. Y espionaron en su cueva cuando lo trabajaba entre caricias y golpes, hasta conseguir la forma justa; tomar la pieza entre sus manos y adentrarse en las lenguas de Fuego. Vieron cómo, de la garganta oscura de la tierra; salían vapores de mil colores, chispas, olores, humos. Lo observaron bailar como poseído alrededor de la hoguera que trepaba con sus altísimas llamas. Y cada uno quiso repetir con sus manos aquel milagro. Hacerlo aún más bello, más grande y más original e irrepetible que el que acababan de ver.





Así es como la tribu entera de los Seres de Sombra, con el tiempo, llegó a convertirse en la primera comunidad de alfareros. Recogían la arcilla y el Agua necesarias en sus cántaros. De las barrancas de los ríos que nacían de éste lado del Ombligo de la Waira. Trabajaban por las mañanas en las cuevas; y por las noches, sacaban sus cuencos afuera de sus grutas. Un poco, para que la Lumba los tocara con su manto sagrado. Otro poco, para que los demás Seres de Sombra envidiaran las formas, los ocre y los brillos conseguidos en la intimidad del gesto creador.

Como cada mago pronuncia su conjuro. Como cada cocinero condimenta con las especias más exóticas y diversas sus platos. Con las fórmulas, proporciones e ingredientes confidenciales. Que se guardan como el tesoro más precioso, bajo siete llaves y sólo se transmiten de generación en generación; de padres a hijos.



Secretos que se codician con sana maldad. Así, cada uno esparcía, oculto en su escondrijo; ciertos sulfatos que enfurecían al Fogo y avivaban los colores. E hicieron, de ésta actividad, el centro entero de sus vidas de Sombra. El mayor ritual privado.

Les fascinó la química del color, el abrazo de la materia, los toques y caprichos de las sales minerales, el embrujo de los óxidos. Toda la magia y la maravilla estaba ahí. En el mutar. El transformarse de algo informe en sí mismo, blando y fofo; en las formas más audaces y los tonos más hondos y profundos. Vibrantes.

Todas las posibilidades dormían en el barro; como las semillas que habían dormido, durante cientos de millones de años; en el vientre grueso de la Waira madre.



Eclipses y Lluvias

Los eclipses totales o parciales de Lumba, eran considerados de tanta mala suerte, que llegaban a creer que estaba siendo devorada por el Sol.

Por eso, indignados, se metían en sus cuevas a protestar, renegar a todo volumen, gritar palabrotas, aullar groserías, putear y blasfemar lo más fuerte que sus gargantas de Fogo pudieran.

Las maldiciones que tejían en soledad, tenían tanto poder, que aterrorizaban a la mismísima Luna. Sonaban más brutales y trágicas aún repetidas por el eco, y la obligaban a salir de su sitio. Ella obedecía, y dejaba (mitad orgullosa de sus hijos y mitad asustada) su escondite, su cueva privada en el espacio.

Sin embargo, para que la Lumba aprendiera la lección, debían mantener una rueda de insultos durante los trece días y trece noches siguientes al eclipse. Para que escarmentara de una vez por todas, qué cosa sería; y dejara de darles tantos disgustos y preocupaciones. Aunque, en general, se-



guían rumiando su bronca por mucho tiempo más y excedían con creces el plazo estipulado por el ritual.

Otro signo inequívoco de la desgracia; era la lluvia. Si ocurría de día, no interfería con sus vidas cueva adentro. Apenas si sentían el llanto del cielo amortiguado por las paredes de piedra de sus laberintos. Acallado por el crepitar del Fuego en las hogueras.

Pero, a veces, de noche, mientras tomaban sus baños lunares, o buscaban ramas para encender sus fogatas, o arcilla para levantar sus pucos; los sorprendía un chaparrón, una garúa finita, un aguacero, un diluvio, o una tormenta tropical. Y podía llegar a ahogarles el corazón y trasformarlos en un Ser de Luz por algún tiempo; o matarlos para siempre azules e hinchados por tanta Agua.

Así que, corrían a refugiarse en cualquier lugar y renegaban maldiciendo su gran mala suerte y su (quizás) mala muerte.





CAPITULO QUINTO:

ENCONTRONAZOS

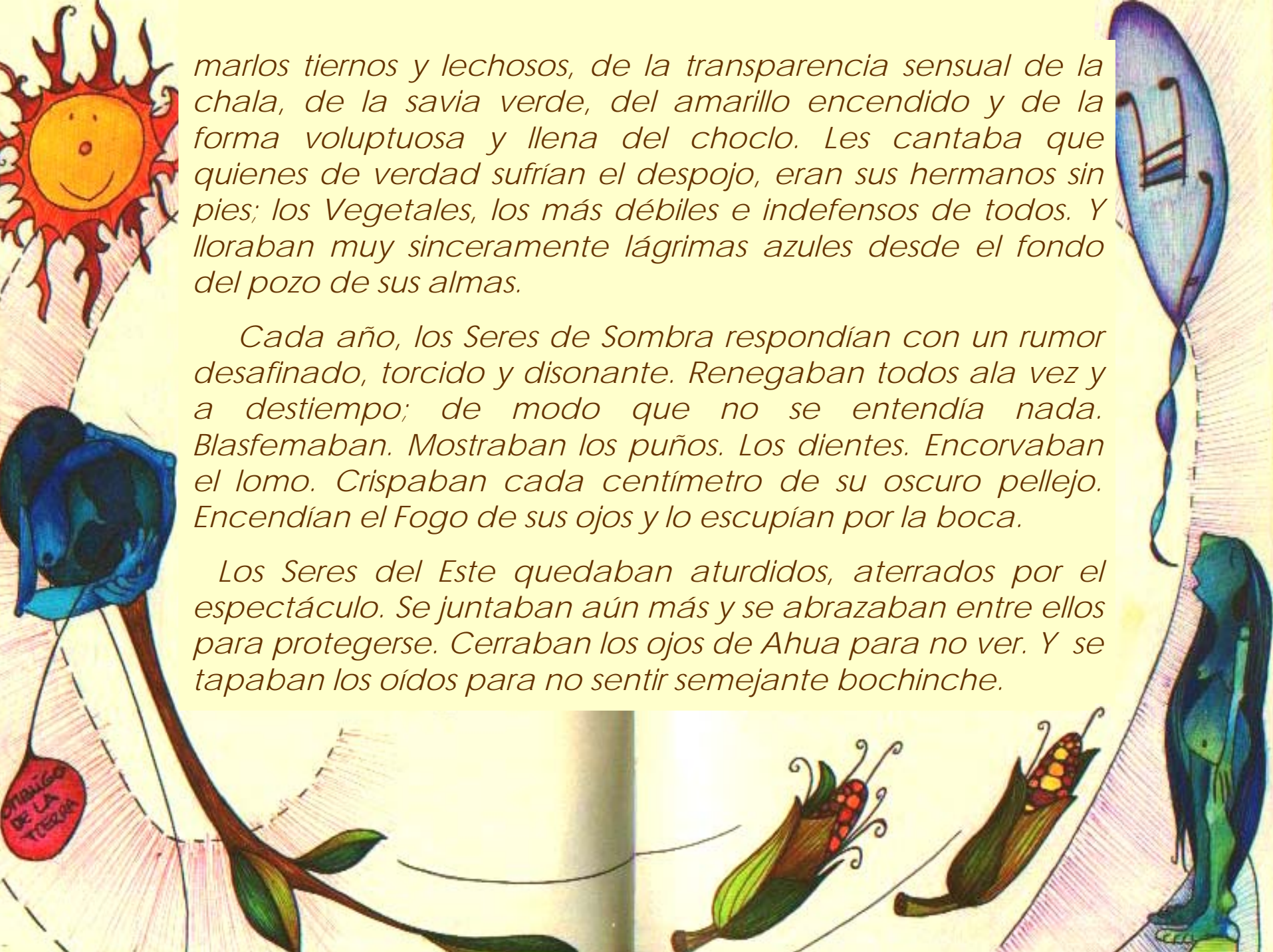
Cuentan también que, sólo una vez al año, los Seres de Luz viajaban hasta la tribu de los Seres de Sombra. Justo cuando acababa de cumplirse el ritual de la Paicha, los Seres del Oeste veían llegar por la tarde una larga procesión de lucecitas que se acercaban cantando con sus voces de flauta. Lentamente, desde el horizon-

te, se hacían más grandes y azuladas; hasta que llegaban y se asomaban a cada una de las oscuras grutas de roca. Los Seres de Sombra, espantados, apenas alcanzaban a salir corriendo de sus cuevas, trastabillando, aplastando cuencos, pucos y vasijas, vociferando maldiciones impropias y descabelladas en todos los dialectos de los peores infiernos. Pero al

salir tropezándose unos con otros; la luz que manaba de tantos Seres del Este juntos, los cegaba. Y quedaban inmóviles como estatuas en sus sitios; ahí donde la claridad los había sorprendido.

Cada año, los Seres de Luz formaban un prolijo semicírculo delante de los Seres de Sombra. Y una Mujer se adelantaba, aclaraba su garganta líquida; y con su voz de arpa les preguntaba por sus maizales saqueados y sus calas mutiladas. Entonces, cantaba la historia del origen de los Vegetales, que habían nacido del mismo vientre y en la misma madrugada que ello. Cantaba el modo en que habían cubierto la tierra, crecido y dado frutos, flores y plantas nuevas gracias al calor y la luz de Quimpú y sus metódicos cuidados. Cantaba el ciclo completo de la vida de la caña, desde su germinación al Ahua dulce que empapaba sus fibras. Del manantial helado que ocultaba la apariencia opaca de sus tallos. Cantaba cómo crecía el maíz desde que asomaba sus brotes al cielo. Del maíz blanco, del amarillo, del colorado y de todas las variedades de maíz de todos los colores que existían. De los hilos de seda de sus barbas, de los





marlos tiernos y lechosos, de la transparencia sensual de la chala, de la savia verde, del amarillo encendido y de la forma voluptuosa y llena del choclo. Les cantaba que quienes de verdad sufrían el despojo, eran sus hermanos sin pies; los Vegetales, los más débiles e indefensos de todos. Y lloraban muy sinceramente lágrimas azules desde el fondo del pozo de sus almas.

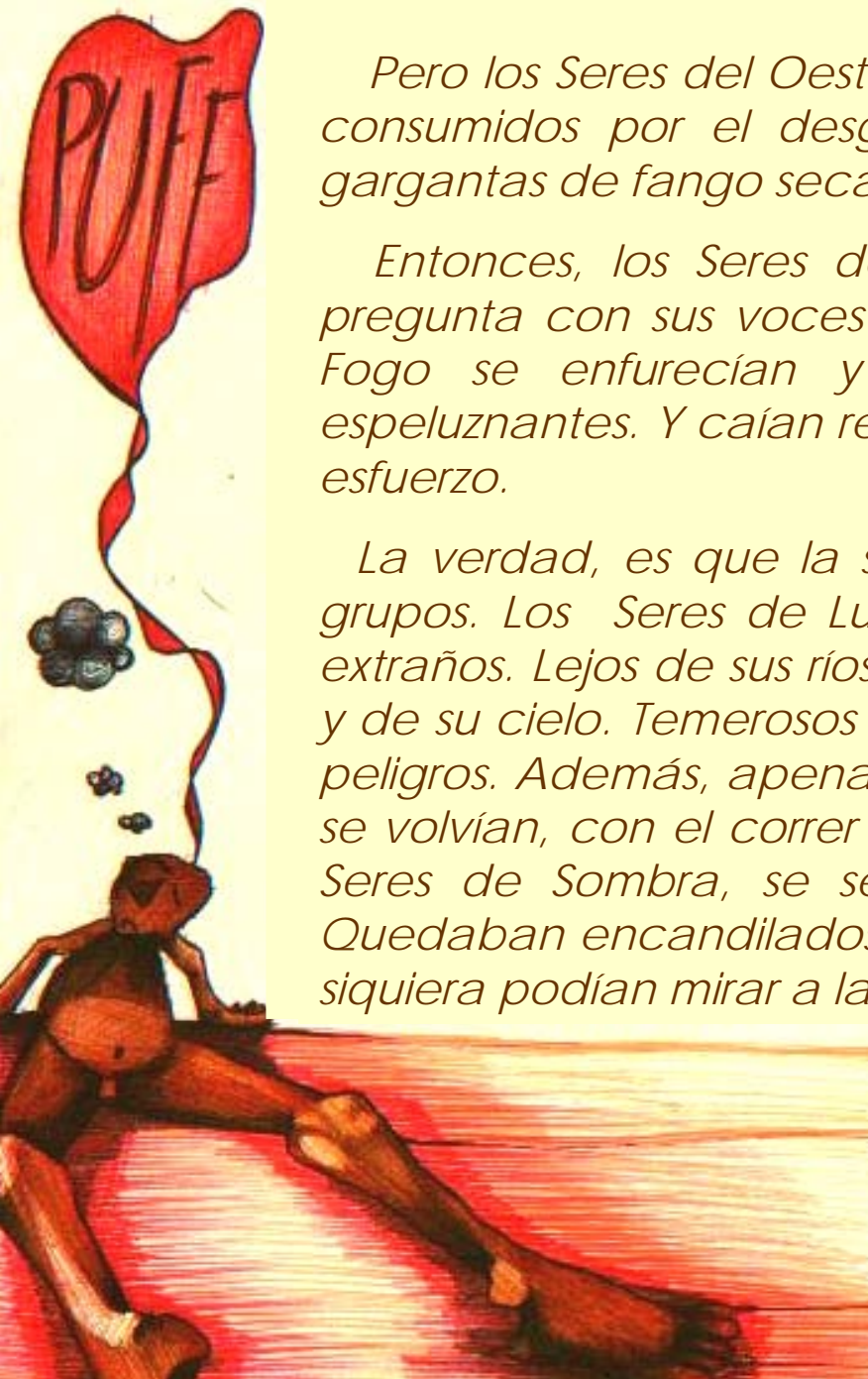
Cada año, los Seres de Sombra respondían con un rumor desafinado, torcido y disonante. Renegaban todos ala vez y a destiempo; de modo que no se entendía nada. Blasfemaban. Mostraban los puños. Los dientes. Encorvaban el lomo. Crispaban cada centímetro de su oscuro pellejo. Encendían el Fogo de sus ojos y lo escupían por la boca.

Los Seres del Este quedaban aturdidos, aterrados por el espectáculo. Se juntaban aún más y se abrazaban entre ellos para protegerse. Cerraban los ojos de Ahua para no ver. Y se tapaban los oídos para no sentir semejante bochinche.

Pero los Seres del Oeste, pronto quedaban rendidos. Extenuados, consumidos por el desgaste. Con los brazos acalambrados, las gargantas de fango secas, los insultos gastados y las piernas tiesas.

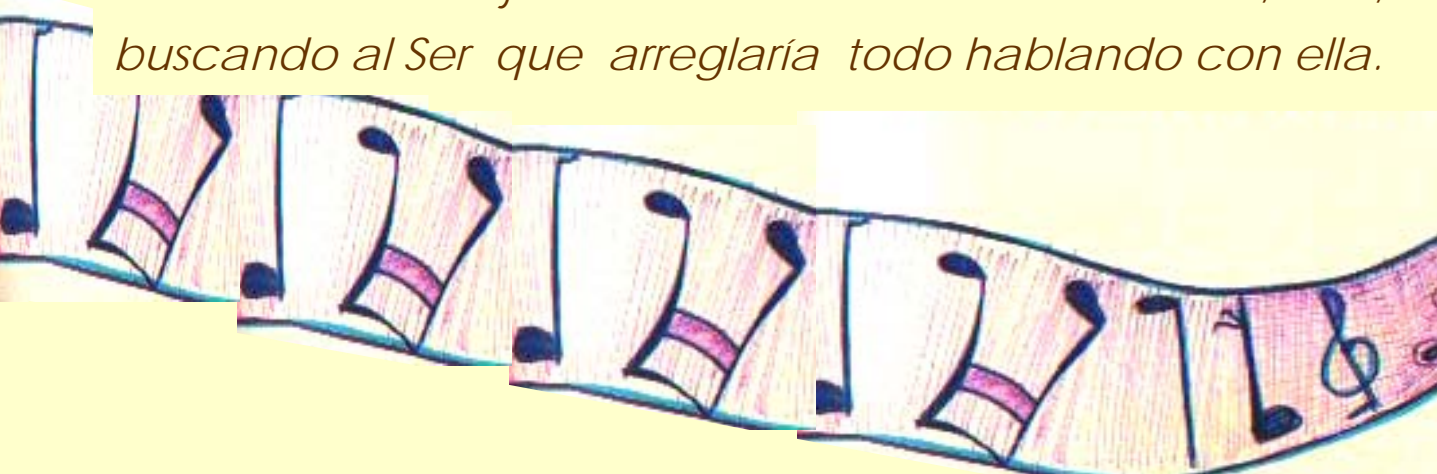
Entonces, los Seres de Luz aprovechaban para recordarles la pregunta con sus voces de coro celestial. Y otra vez los Seres de Fogo se enfurecían y tronaban con unos sonidos guturales espeluznantes. Y caían rendidos nuevamente por éste último y gran esfuerzo.

La verdad, es que la situación era muy incómoda para los dos grupos. Los Seres de Luz, con la llegada de la noche se sentían extraños. Lejos de sus ríos, de Quimpú, de sus plantaciones, del Este y de su cielo. Temerosos de las sombras, la oscuridad: rodeados de peligros. Además, apenas podían distinguir a los Seres de Fogo que se volvían, con el correr de las horas; prácticamente invisibles. Y los Seres de Sombra, se sentían invadidos, sin privacidad, sin paz. Quedaban encandilados por tanta claridad. Los ojos les ardían y ni siquiera podían mirar a la Lumba para pedirle auxilio.



Cuando las dos tribus estaban rendidas y agotadas, los Seres de Ahua designaban una Mujer para que dialogara con un representante de la tribu de Fogo. Con sus voces de gorgorito les cantaban el origen de las palabras y de la comunicación. De su importancia para asegurar el entendimiento y la convivencia pacífica y armónica. Proponían, cantando, reducir el problema a dos Seres. Que ellos ya habían designado a una Mujer del Este para que coversara con un Ser del Oeste. Cantaban que la luz de ella sola no podría lastimar sus ojos; y que alumbraría su rostro haciéndolo visible. Cantaban bajito que el resto del grupo, podía desentenderse y despreocuparse del asunto y retirarse a esperar el acuerdo donde quisiera.

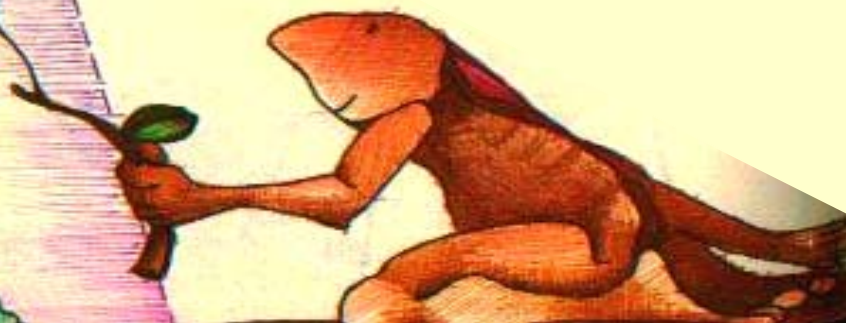
Los Seres de Agua, se alejaban cantando hasta el horizonte. Y la Mujer de Luz se adelantaba aún más, sola, buscando al Ser que arreglaría todo hablando con ella.



Pero los Seres de Sombra huían a una velocidad asombrosa porque no tenían intenciones de dialogar ni nunca las habían tenido. No pretendían entenderse con nadie, y menos aún con vivir en armonía con los cómplices de la muerte. Huían, en el fondo, porque eran incapaces de discutir sin pelear, insultar, gritar, patear, ofender y maldecir. Y las palabrotas eran casi un hábito de su mal habladas bocas.

Así que, disfrutaban esquivando a la Mujer. Se escondían unos tras otros, o detrás de cualquier roca. Corrían hasta sus cuevas, o se quedaban conteniendo la risa para no atraerla con el ruido. Porque nada era tan cómico como verla sola, ciega y en la oscuridad más absoluta; tanteando el aire con los brazos abiertos. Les gustaba confundirla haciendo sonidos extraños cerca de ella; o rozarle los tobillos con alguna ramita; o hacerle cosquillas (a la distancia) con un panadero.

Se divertían, hasta que en un descuido; la Mujer de Ahua lograba atrapar a alguno. Entonces, se les acababa el juego.



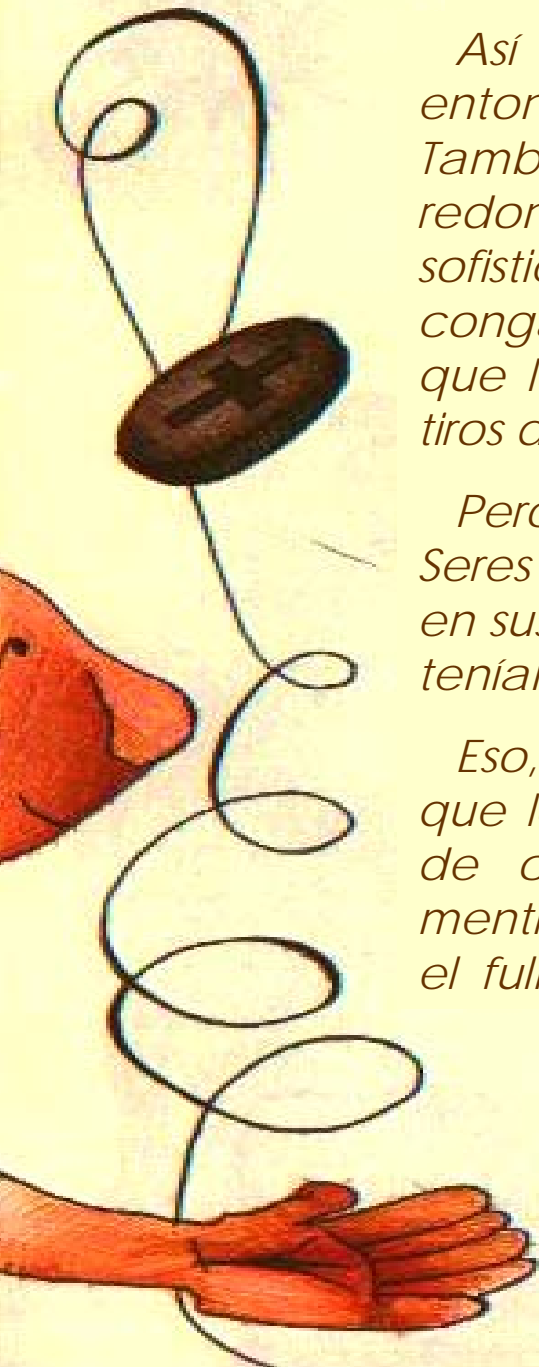
Los Seres del Oeste regresaban refunfuñando a sus grutas; porque ahora deberían esperar hasta el año próximo para volver a participar de tamaña fiesta. Y maldecían al infeliz que se había dejado capturar poniendo fin al entretenimiento más gracioso que conocían.

El par de Seres elegidos (uno por sus virtudes, el otro por su torpeza) entraba a una cueva a conversar.

Si las dos eran mujeres, en apenas cinco minutos se resolvía el entuerto; porque las mujeres de Fogo eran especialistas en el arte de la actuación y del engaño. Así que, fingían estar completamente arrepentidas, desconsoladas y lo suficientemente compungidas como para lograr el generoso perdón de las de Ahua. Con la promesa mentirosa de convencer al resto de su tribu de lo malo que era robar Vegetales; todo quedaba olvidado.

Pero si el ungido (por su mala suerte) era hombre, era imposible entenderse. Ellos proponían juegos y apuestas para resolver el conflicto. Como quien dice, lo echaban a suerte. Si ella ganaba, los Seres de Sombra aceptarían su castigo; si él ganaba, serían perdonados.

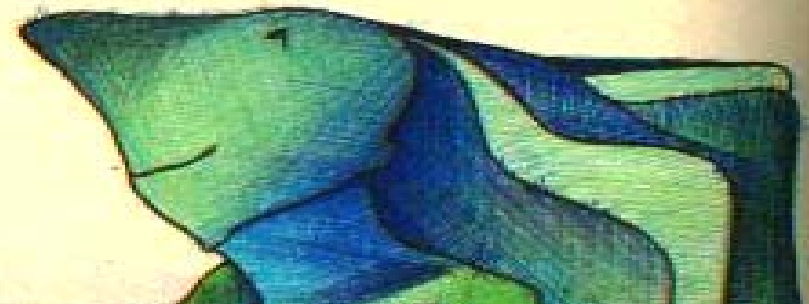




Así nació la costumbre de tirar la moneda (que, en ése entonces era una simple bolita de arcilla) a cara o cruz. También a la payana, con piedritas; y a la bolita con semillas redondas. Con el tiempo, surgieron otros entretenimientos más sofisticados y complejos, como la generala, el cinquito, la conga, el truco y el fulbito en un potrero cualquiera. Claro que los picados se reducían exclusivamente a una serie de tiros desde el punto del penal.

Pero, lo cierto, es que todos los juegos los inventaban los Seres de Sombra en los días y Veranos que pasaban reclusos en sus grutas. Y que se decía que, en todos los juegos de azar tenían una fortuna o suerte incomparable. A toda prueba.

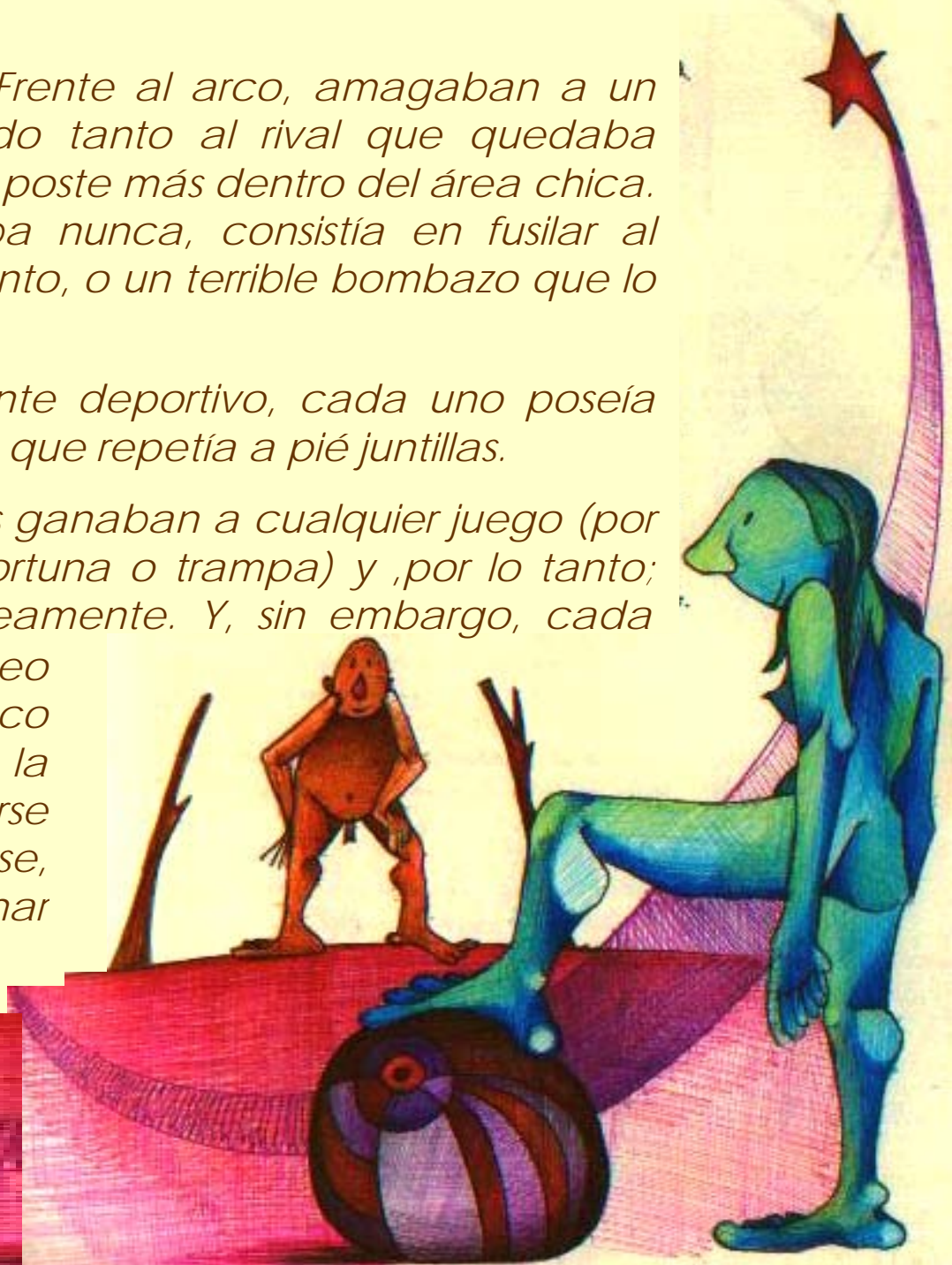
Eso, lo decían los Seres de Luz, que ignoraban las trampas que les hacían en cada partida. Eran hábiles escondedores de cartas, creadores de dados cargados y excelentes mentirosos en el truco gallo. Por eso ganaban siempre. Y, para el fulbo, tenían otras virtudes: brillantes gambeteadores y pí-



caros fabricantes de fules. Frente al arco, amagaban a un lado y al otro confundiendo tanto al rival que quedaba aturdido, plantado como un poste más dentro del área chica. Otra táctica que no fallaba nunca, consistía en fusilar al arquero con un remate violento, o un terrible bombazo que lo amilanaba completamente.

Y además de lo meramente deportivo, cada uno poseía amuletos secretos, y cábalas que repetía a pié juntillas.

Es decir, que todos los años ganaban a cualquier juego (por habilidad y talento, o por fortuna o trampa) y ,por lo tanto; eran perdonados instantáneamente. Y, sin embargo, cada nuevo año repetían el saqueo de maíz y de caña; un poco para cumplir el ritual de la Paicha, y otro poco para darse el gusto de jugar, divertirse, entretenerse y, encima, ganar siempre.



CAPITULO SEXTO: LA LUZ MALA

Cuando el encuentro anual de los hijos de la Waira terminaba, la Mujer de Luz caminaba hasta el horizonte para cantarle a toda su tribu, en detalle, a qué habían jugado, cómo era el juego, y de qué forma había perdido. Les cantaba con voz de capullo su tristeza tan honda como el lecho marino. La consolaban, y caminaban hasta cruzar el gran Ombligo de la Tierra. Cantaban, contentos de regresar al Este, junto a sus ríos, su Sol y sus hermanos Vegetales. Conformes por haber resuelto el problema como correspondía, de manera pacífica y confiando en que no volvería a ocurrir nunca más.

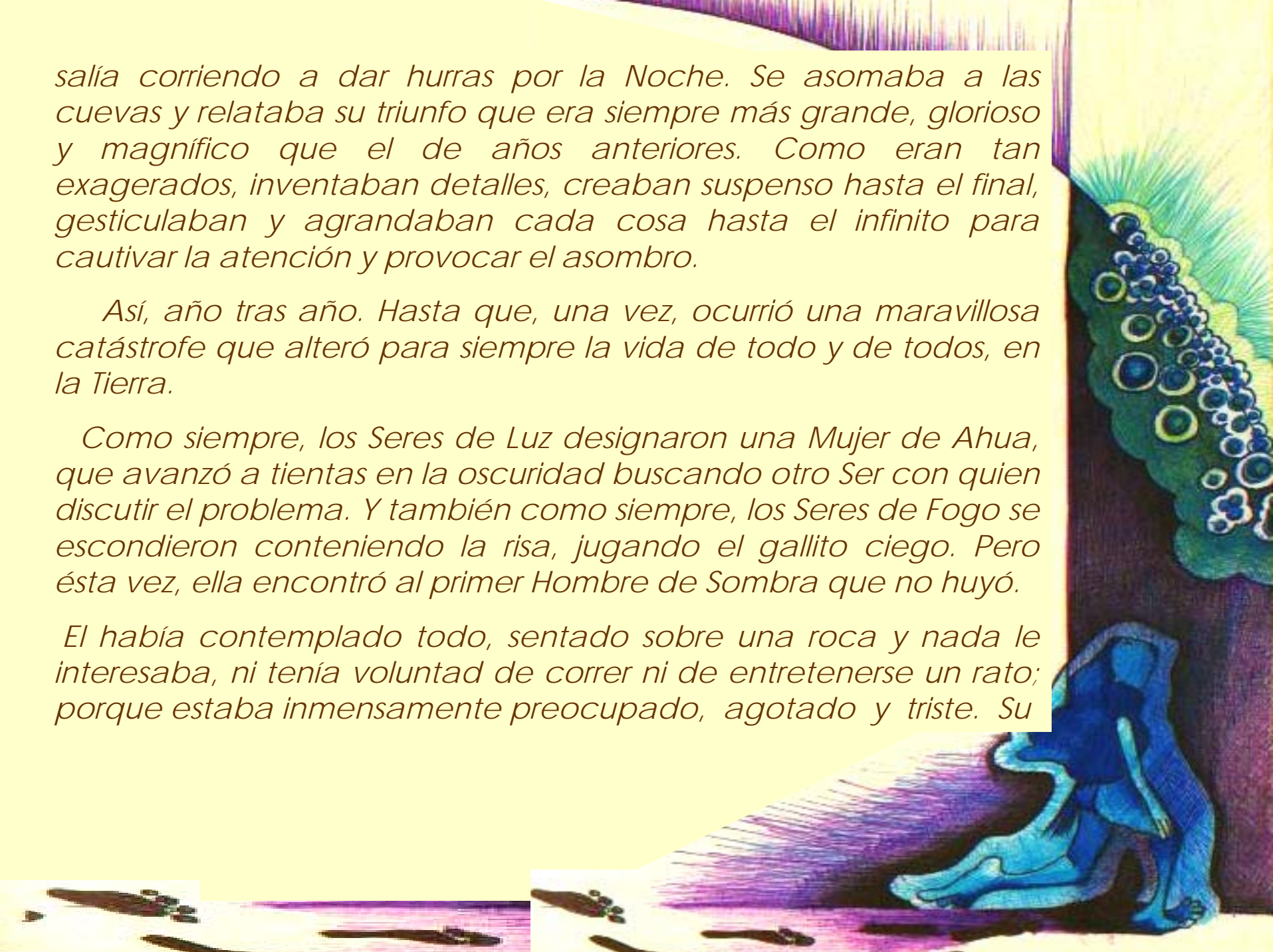
El Ser de Sombra, festejaba a su manera, en su cueva haciendo un barullo y creando una bataola memorable. Se encendía de felicidad, aullaba como un loco, o bailaba frenéticamente en torno al Fogo; según el caso. Y después,


salía corriendo a dar hurras por la Noche. Se asomaba a las cuevas y relataba su triunfo que era siempre más grande, glorioso y magnífico que el de años anteriores. Como eran tan exagerados, inventaban detalles, creaban suspenso hasta el final, gesticulaban y agrandaban cada cosa hasta el infinito para cautivar la atención y provocar el asombro.

Así, año tras año. Hasta que, una vez, ocurrió una maravillosa catástrofe que alteró para siempre la vida de todo y de todos, en la Tierra.

Como siempre, los Seres de Luz designaron una Mujer de Ahua, que avanzó a tientas en la oscuridad buscando otro Ser con quien discutir el problema. Y también como siempre, los Seres de Fuego se escondieron conteniendo la risa, jugando el gallito ciego. Pero ésta vez, ella encontró al primer Hombre de Sombra que no huyó.

El había contemplado todo, sentado sobre una roca y nada le interesaba, ni tenía voluntad de correr ni de entretenerse un rato; porque estaba inmensamente preocupado, agotado y triste. Su






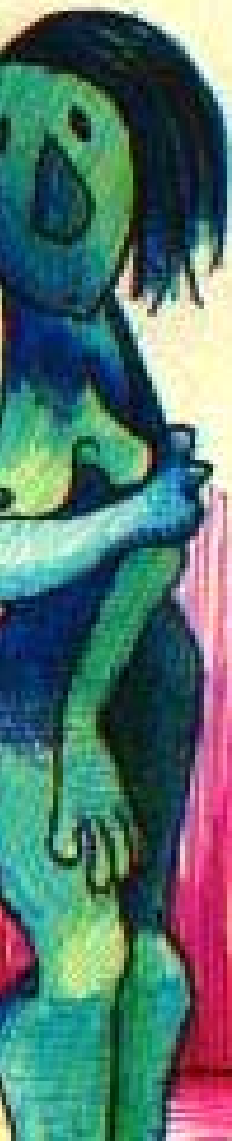
pena le dolía tanto, que se le borraron de delante el mundo con su horizonte y los demás Seres, y el cielo completo con la Lumba y todo.

Hasta que ella lo tomó por sorpresa. Sin cegarlo, le alumbró el rostro con una claridad tan pura que hasta le pareció que le refrescaba las ideas. Siguió con un impulso el compás de su canto, y la llevó a la cueva, maldiciendo en voz baja por no haber prestado la suficiente atención. Qué caramba!!, con todos los problemas que tenía encima, justo ahora, pucha digo; resolver otro entuerto más. Maldijo su negra suerte, la Noche, lo lejos que le quedaba la cueva, el diálogo que no creía soportar, y el juego que no quería jugar.

Así que, entraron en la gruta de piedra blanca y ahí nomás, en la puerta, le gruñó los setenta y cinco insultos que recordaba, lleno de cólera, en el pero vocablo del inframundo. Con la sangre hirviendo y las venas hinchadas, le cantó las cuarenta. Le gritó que qué culpa tenía él de tener que soportarla, con su vocecita de agua; que bastante ocupaciones y desgracias tenía que sobrellevar.



Que él sí tenía asuntos graves que resolver, mucho más importantes que escuchar la santísima perorata de los `hermanitos sin pies' . Que hiciera lo que quisiera, que le daba igual; pero que se fuera y lo dejara en paz. Que no quería jugar. Ni nada. Que se acabó, y chau. Se sentó de espaldas a la pobre Mujer de Luz que lo miraba aterrada, pero que no podía irse. Se aclaró la voz y le suplicó con su canto entrecortado que le explicara qué era para él más importante que resolver la cuestión pendiente; porque ella no entendía su actitud. Le rogó. Le imploró como sólo los ángeles saben hacerlo. Tanto, que él saltó sobre las llamas como una fiera acorralada, con los ojos hechos una única chispa y explotó. Vociferó que qué sabía ella de alfarería; que en su tribu todos eran alfareros y, de ellos, él era el mejor. Que sus cuencos solían ser los más altos de todos, con los colores más brillantes y el pulido más fino. Que su magia y su ciencia estaba fallando y nunca volvería a ser el de antes. Que sería la mayor vergüenza de la tribu, que por eso no quería pedir ayuda a nadie. Que, ahora, la arcilla estaba seca y dura y no se dejaba trabajar. Que era un proble-



ma técnico, qué te creés!, que sus cacharros se partían sobre el Fogo, y que, así, no podía vivir más.

Y quedó rendido por el esfuerzo y la tensión desatada.

La Mujer cantó que, si el problema era la sequedad de ésa tal arcilla; ella podía intentar llorar una lágrima del Ahua de su corazón sobre el barro. Y se volvería tan húmedo como ella. Pero le advirtió que jamás nadie había utilizado sus lágrimas para algo que no fuera el rito anual del Manté, dedicado a Quimpú, el Sol. Y que no sabía qué cosas podían pasarles si lo hacían, desafiando la autoridad del padre de la Luz. Pero que la conmovía tanto verlo así; que en cualquier momento las lágrimas iban a caer solas, casi sin querer.

Y cayeron. Una, tres, veinte. El Hombre de Sombra corrió a traer el material, lo puso cerca de los pies de Ahua y se asombró viendo cómo se hidrataba. La amasó para comprobar que sí servían; él, y la arcilla. Levantó una urna gorda y petisa. Tres manijas que las pegó y cosió de un lado, y un tubo largo que le salía del centro. Ella seguía llorando al recordar sus gritos, su terrible angustia, su problema, sus insultos.





El, espolvoreó con colores tornasolados el borde evanescente. Lo bruñó tanto que parecía un espejo de agua. Y ella seguía llorando lágrimas de pena. El, puso su obra maestra sobre las llamas, que se crisparon hasta acariciar el techo; y temió que el llanto apagara su hoguera ahora, cuando más la precisaba. Así que, le dijo que ya estaba solucionado todo, que dejara de sufrir, que se iba a ir en llanto; y se rió para convencerla del todo.

Bailó sobre el fogo cuando la vasija estuvo lista y hermosa como sólo las de él, podían estarlo. Y ella cantó con su voz de cascarita y lo siguió paso por paso en sus danzas insolentes. Se entregaron a la musiquita que él aprendió a tararear con su torpe voz de lija.


Sacaron la pieza al rojo, y la miraron encantados. Ella, perseverante, quiso iniciar el diálogo ahora que todo estaba tranquilo. Y le cantó que qué harían.

Pero a él, hacía rato se le habían acabado las palabras; ya no podía insultar, ni maldecir porque estaba feliz. Y eso era un milagro. Milagro era la vasija azul que había creado. Milagro ésa Mujer que había renovado el barro, sus virtudes, su vida de Lumba y Fogo, su talento marchito y sus inmensas ganas.

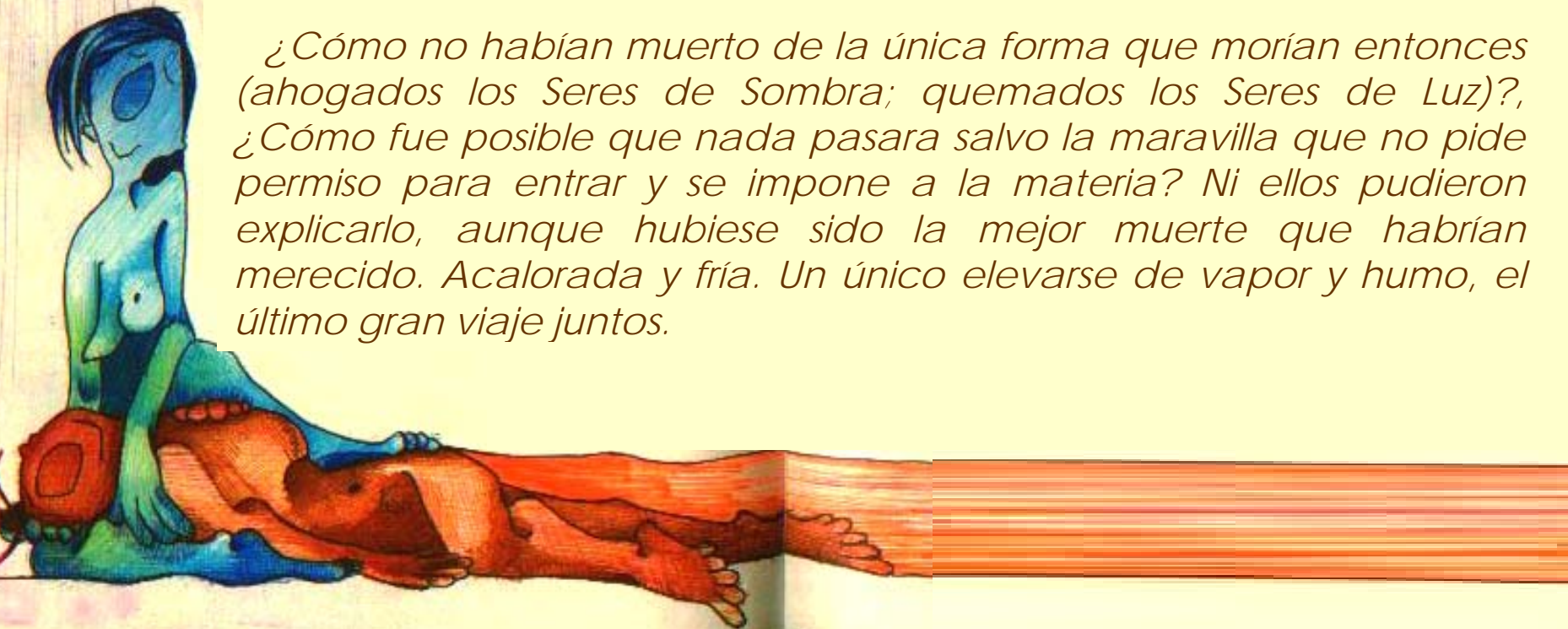
Le miró los ojos líquidos, transparentes y azulinos, y se le cayó de la boca un piropo. Le jugó en los labios ardientes, rodó por el brazo y cayó en la palma de su mano. El, se tapó la boca del susto; pero saltó otro, y otro, y así hasta veinte palabras tan sinceras y lindas como no sabía que sabía. Hubiera querido amarla de la única forma que conocía: entre las llamas de su hoguera doméstica. Pero ella no quiso, porque la aterraba la idea de evaporarse. Y él tampoco se entregó al amor acuático y mojado que ella proponía.

Así que, fueron los primeros en la historia en aparearse sobre los lomos de la madre Tierra; y quizás eso explique el cambio entero de la vida.





Una de ahua y luz; otro de fogo y sombras, descubrieron que juntos, sus cuerpos tan distintos, encajaban de modo casi perfecto. Se borraban las líneas, las fronteras entre una y otra piel, y eran una sola. Una única forma como en el inicio mismo de todos los tiempos y las eras. Una extraña sensación de equilibrio entre los elementos. De compensación y complemento, de balance y balanceo. De cosquilleo que sube y baja. Y quedaron plenos. Más plenos aún que asoleados, alunados, mojados y encendidos. Plenos de energía. Hasta el tope, y aún después de rebalsar el agua por los poro abiertos como estrellas nocturnas.



¿Cómo no habían muerto de la única forma que morían entonces (ahogados los Seres de Sombra; quemados los Seres de Luz)?, ¿Cómo fue posible que nada pasara salvo la maravilla que no pide permiso para entrar y se impone a la materia? Ni ellos pudieron explicarlo, aunque hubiese sido la mejor muerte que habrían merecido. Acalorada y fría. Un único elevarse de vapor y humo, el último gran viaje juntos.

Sí, así habría sucedido de no ser por ése nosequé en que se fundamentan casi todas las excepciones posibles (a Dios gracias) que hacen reales lo nuevo, que siempre es mejor que lo viejo.

La Mujer, que había aprendido a hablar sin cantar; prometió no salir nunca más de aquella cueva blanca. Así no tendría que enfrentar prejuicios, preguntas y respuestas que, por ser razonables; dejaban afuera, completa, aquella fuerza arrasadora.

Y el Hombre del Oeste, le prometió que la haría tan plena que acabaría por olvidar al universo entero; con Quimpú y mares completos. Con mapas de las estrellas y Vegetales inmóviles e inválidos.

No tuvieron tiempo de detenerse a observar si era de noche o de día. Se volvieron olvidadizos y descuidados con el resto de las cosas. Pero prolijamente amadores de sus cuerpos que encastraban con una exactitud cautivante. Y así comprobaron





que algo en el vientre de ella se movía y daba vueltas como la Waira antes de parir la savia y la vida. Se engrosaba. Se expandía desde el centro del ombligo azul.

Pasaban las mañanas meta barullo. Cada día, inventaban ritmos y melodías completamente nuevas y pegadizas que cantaban a dúo. Las acompañaban golpeando un cacharro, chasqueando los dedos, batiendo palmas; pero, sobre todo, entregándose al baile sin pensar. Las musiquitas, insolentes se les metían bajo la piel. Les llegaban al borde de los corazones que saltaban acompasados y golpeaban la sangre entre sus cuerdas. Sonaba tan claro y fuerte, que el eco lo multiplicaba al infinito. Hasta la Lumba y Quimpú, en el vacío más inmenso que existe, tarareaban felices de la vida de tanta fiesta. Inventaron cuecas saltaditas, chacareras truncas y gatos arrastraditos. Carnavalitos zapateados, valsecitos criollos. El chamamé con sapukay y todo. Vidalas y cielos aristocráticos. Payadas de contrapunto. Tangos arrabaleros. Zambas románticas y melosas. Bagualas que eran como hilitos de penas tan viejas como ellos mismos.

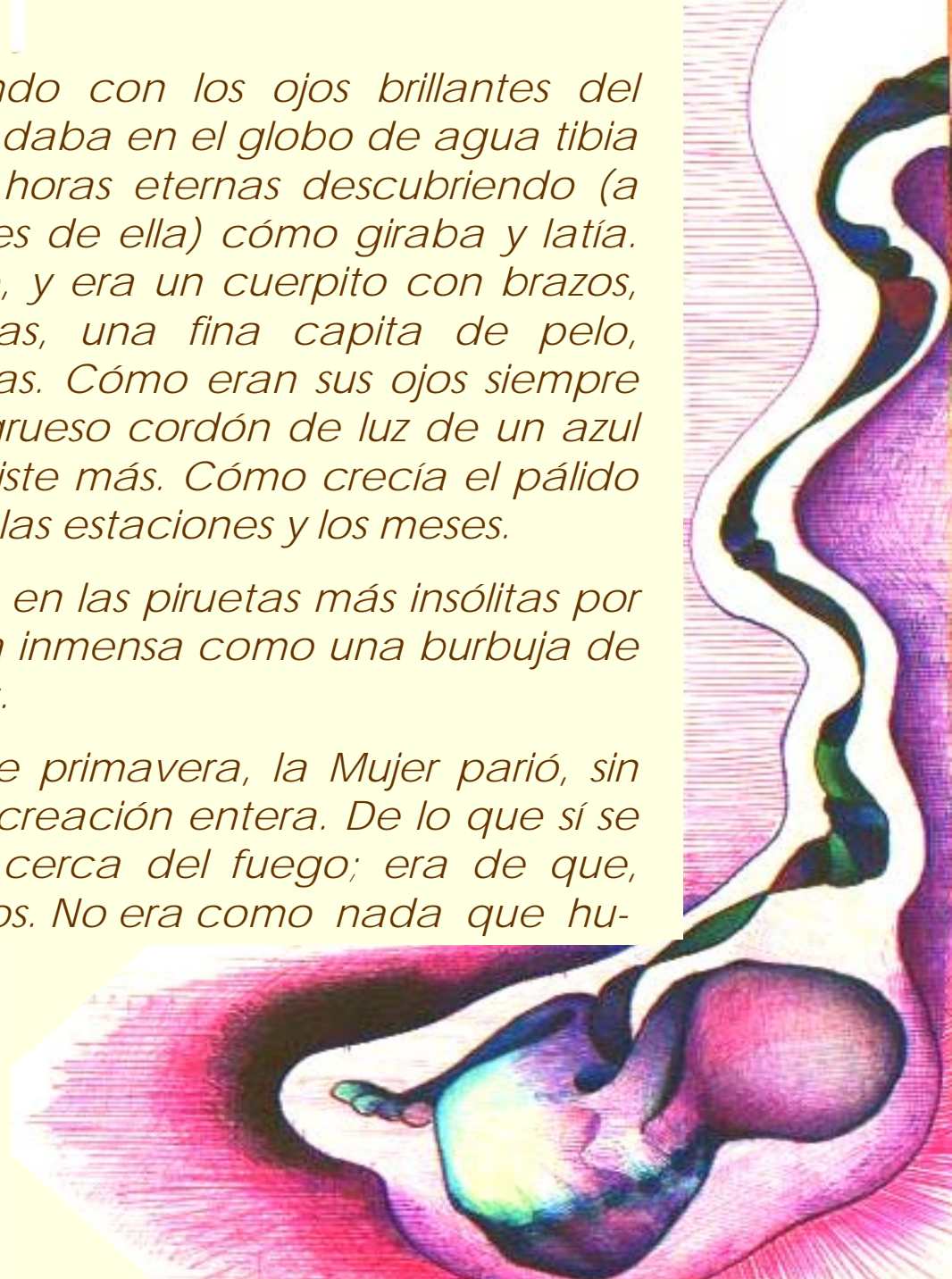
TUTUCUTUTUM
CHIMPÚN CHIMPÚN

TUTUCUTUTUM
CHIMPÚN CHIMPÚN

Pasaban las tardes observando con los ojos brillantes del asombro a ése nuevo ser que nadaba en el globo de agua tibia que era su vientre. Quedaban horas eternas descubriendo (a través de los tejidos transparentes de ella) cómo giraba y latía. Cómo dejaba de ser un puntito, y era un cuerpito con brazos, piernas. Y después dedos, uñas, una fina capita de pelo, párpados, pestañas y hasta cejas. Cómo eran sus ojos siempre cerrados. Cómo lo sostenía un grueso cordón de luz de un azul intenso tan puro como ya no existe más. Cómo crecía el pálido cuerpecito al son del tiempo, de las estaciones y los meses.

Y en las noches, se acoplaban en las piruetas más insólitas por miedo a que estallara esa panza inmensa como una burbuja de cristal que pesaba cada vez más.

Hasta que una madrugada de primavera, la Mujer parió, sin saberlo, al primer Hombre de la creación entera. De lo que sí se dio cuenta en cuanto lo miró cerca del fuego; era de que, definitivamente, no era como ellos. No era como nada que hu-





bieran visto antes. Su piel, no podía atravesarse con la yema de los dedos; era impenetrable y tersa como la de los duraznos. Y una luz lo rodeaba, mucho más débil que la de ella. Cambiaba de color de tanto en tanto y parecía un arco iris completo que brillaba con diferente intensidad.

Pero no era ésa la única característica anormal. Con el tiempo, descubrieron que la Luz Mala, como lo llamaban; era de carne. Y por eso necesitaba muchos cuidados, como comer y dormir para descansar. Que sufría dolor, que podía enfermarse como las plantas, y hasta secarse de golpe igual que ellas. Y si no lo supieron en ése momento, con el correr de los días y las noches fueron adivinando cómo envejecía su rostro. Cómo el pelo se la poblaba de canas plateadas. Cómo el pulso le temblaba. Cómo se arrugaba y llegaba a ser puro piel y huesos.

El Hombre de Sombra y la Mujer de Luz, habían visto muchas cosas que jamás hubieran podido imaginar. La tribu de Ahua, se había establecido definitivamente en el horizonte, no muy lejos de la de Fogo. Y uno a uno habían ido descubriendo que, a veces, haciendo el amor con un Ser de naturaleza diferente a la de ellos, ocurría un nosequé. Un milagro. O un hijo. Un sueño, o un hombre.

Las tribus se fueron mezclando y uniendo en la intimidad secreta de las cavernas. Se olvidaron de todos sus ritos y de sus dioses creadores. Se dedicaron a cultivar para alimentas sus cachorros que crecían, se reproducían y llenaban las cuevas de chicos, para morirse en un abrir y cerrar de ojos. A una velocidad que los aterró.

Así, pasó con el Hombre del Oeste y la Mujer del Este. Llamaron a su hijo la Luz Mala por el aura de destellos multicolores que lo envolvía y por el carácter malhumorado y cascarrabias que había heredado del padre. Aprendió rápidamente el oficio de alfarero, de bombisto, de bailarín y campesino. Aprendió a cantar al cielo y a vagar por las noches. A bucear en las profundidades de los ríos y a jugar con el fuego sin quemarse. A lanzar a ala Lumba un feroz sapukay y a estremecerse con los refucilos. A amar a las mujeres de carne como él y leche en el pecho. A hacerles hijos y a acunarlos. A jugar al fútbol, al truco, a las bolitas. A tomar mate (el antiguo mantiao y luego manté) y chicha (paicha). A lechucear, mentir, maldecir y dar hurras.





Luz Mala aprendió a levantar su cueva y sus cántaros. Y fue el primer escultor; el primer hombre capaz de hacer estatuillas y Seres de barro cocido, en vez de vasijas.

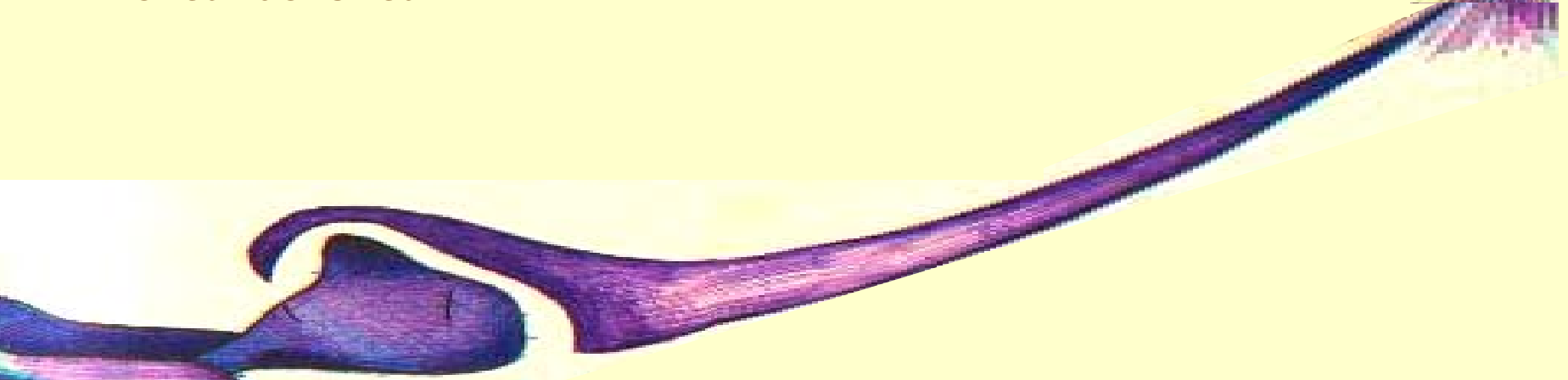
Vivió muchos años, y tuvo muchos hijos y nietos que hacían rabiar al Hombre de Sombra y enternecer a la Mujer de Luz.

Y murió, como todo el mundo moriría siempre, en adelante; cualquier día y a cualquier hora, en un sitio idéntico a todos los demás. Del cuerpo estático, la luz de arco iris se desprendió como una estrella. Y desapareció más allá del Sol. Así lo vieron el Hombre de Fogo y la Mujer de Ahua. Como vieron también que el cuerpo quedaba tieso como una cáscara vacía que se descomponía y se secaba hasta reducirse al tamaño inicial: el de un puntito diminuto en el vientre líquido.

Contemplaron la muerte de generaciones enteras de bisnietos y tataranietos que pasaban con pena y sin gloria ante sus ojos. Todo se formaba y desmoronaba a una velocidad espeluznante. Ahora un cuerpo, en un instante cenizas. Lo vieron a veces resignados. A veces furiosos. Los sepultaron o los volvieron polvo en sus hogueras domésticas. Los recordaron por algún tiempo o los abandonaron en el olvido más anónimo.

Retornos

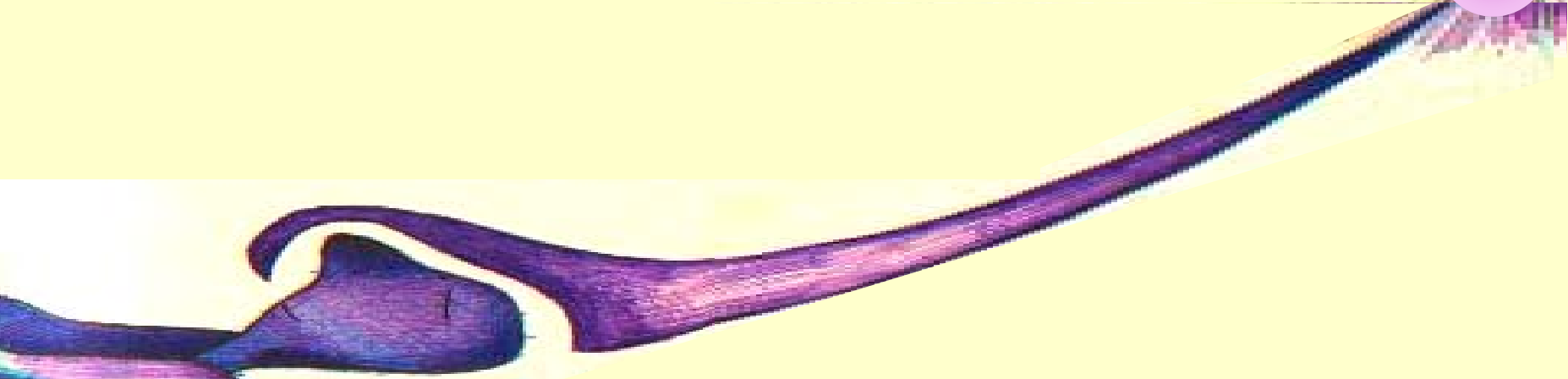
Y regresaron a sus baños diarios de Ahua y de Sol. De Fogo y Lumba. La sensación de terrible desamparo y extrañeza frente a un mundo tan horrendo y cambiado, los llevó a reunirse en las antiguas tribus para poder soportar mejor su existencia. Para sentirse un poco menos huérfanos.



Contemplaron la muerte de generaciones enteras de bisnietos y tataranietos que pasaban con pena y sin gloria ante sus ojos. Todo se formaba y desmoronaba a una velocidad espeluznante. Ahora un cuerpo, en un instante cenizas. Lo vieron a veces resignados. A veces furiosos. Los sepultaron o los volvieron polvo en sus hogueras domésticas. Los recordaron por algún tiempo o los abandonaron en el olvido más anónimo.

Retornos

Y regresaron a sus baños diarios de Ahua y de Sol. De Fogo y Lumba. La sensación de terrible desamparo y extrañeza frente a un mundo tan horrendo y cambiado, los llevó a reunirse en las antiguas tribus para poder soportar mejor su existencia. Para sentirse un poco menos huérfanos.



CAPITULO SÉPTIMO:

SOBRE BICHOS Y OTRAS YERBAS.

Los Seres de Luz retornaron a sus ríos y en las mañanas se contaron tantas penas tan tristes que lloraron a moco tendido meses y meses sin cesar. Así formaron los océanos, que antes no existían. Y siguieron llorando, de puro desconsuelo.

Quimpú, que estaba distraído y distante desde que ninguno de sus hijos se acordaba de él ni en sus eclipses; se sobresaltó de golpe. Miró la tierra y la vio llena de Ahua azul y verde con unas olas altísimas de pura espuma y sal. Se acercó para observar los detalles y descubrió a todos los Seres de Luz llorando a mares. Con el calor de sus rayos, las lágrimas se evaporaron y le empaparon el rostro. Entonces, temió apagarse de pronto, así que, más rápido que el viento les preguntó con su voz de refucilo cósmico qué les sucedía. Por qué tanta angustia y pena.

Hizo los insectos voladores. Las polillas, las mariposas. Moscas zumbadoras. Abejas laburantes. Grillos cantores. Mosquitos picantes. Libélulas turquesas. Chicharras. Cigarras. Mamboretás que señalan al cielo cuando se les pregunta dónde está Dios. Jijenes. Chingolos. Ranas. Víboras de toda calaña. Benteveos. Picaflores y tijeretas. Cóndores sin vértigo.

Y quedó agotado.

Transformados en tanto bicho (canasto, de Luz y vaquita de San Antonio), los Seres de Luz vivieron sus vidas de pájaro, anfibio, pez o molusco, insecto o mamífero, vegetal o reptil hasta que acabaron como la Luz Mala. Un almita que se eleva y una cáscara que se pudre sobre la mansa tierra. Partieron para siempre hacia la única Luz que de verdad existe.



CAPITULO OCTAVO:

UNA GRAN ANIMALADA.

Los Seres de Sombra, por las noches daban vueltas y vueltas alrededor de sus cuevas un poco preocupados, indignados, asqueados de ver tanto y tanto cadáver por ahí, rodando; y otro poco rabiosos. Maldecían a cada paso y renegaban de su perra suerte. Así una noche tras otra. Hasta que se reunieron en una cueva enorme. No pudieron discutir, ni pelearse como antes. Porque todos sentían lo mismo. El lomo encorvado y la sangre de lava hirviente. Sin hablar, miraron a la Lumba entre su séquito de estrellas, apuntaron, y le lanzaron tantos insultos y amenazas que quedó helada del susto. Pálida como una bola de nieve. Le exigieron que hiciera con ellos algo útil. Que así no servían para nada. Que no habían nacido para soportar la resignación y el acostumbramiento; que ella lo sabía bien. Que si no podían evitar la muerte de los mortales, querían ser como ellos. Y morir dignamente, canejo.

Tanto chillaron, patearon y zapatearon. Tanto rugieron como volcanes de trueno; que la Lumba les preguntó tímidamente que qué cosa querían ser ahora.



Un Ser de Sombra que estaba desencajado y completamente fuera de sí de rabia; le gritó que ellos no estaban como para pensar, que para eso estaba ella, que qué cuernos esperaba para hacer algo. Que basta de hablar, ché; que lo que se le ocurriera en el momento y listo.

Con sus brazos de talco los levantó hasta el cielo Los amasó en el aire y formó todos los animales que se le ocurrieron. Los de tierra firme y hábitos nocturnos y solitarios. El puercoespín lleno de agujas. La llama. Quirquinchos. Caranchos. Gatos barcinos y perros guardianes. Peludos. Mulitas. Ardillas trepadoras. Chanchos salvajes y jabalíes. Hormigas coloradas y negras. Liebres y conejos. El tatú carreta. Ratones. Comadreja. Vicuñas. Perezosos. Iguanas de lija. El bicho bolita. Yaguaretés. Vizcachas. Lombrices ciegas. Monos y pumas. Zorrinos. Osos hormigueros. Maras. Guanacos. Gallinas ponedoras y batarazas. Cobras. Chivos. Gato montés. Ñandú. Lechuzas de ojos linternas. Zorros astutos, lobos aulladores y lobizones que

asustan a la gente en las noches de luna llena. Carpinchos. Corderos. Cuises. Hurones. Pecaríes, venados y tapires. Coatí. Gusanos elásticos. Terneros mamones. Caballos salvajes, yeguas madrinas y petizos. El huemul. La vaca lechera. El taguá. Los murciélagos chillones. Burritos cargadores. Ovejas suavécitas. Pollos de granja. Puercos chanco cochino marrano asqueroso. Arañas flacuchas y gordas peludas. Piojos, pulgas y garrapatas. Vinchucas y escarabajos de la suerte. Culebras.

Y quedó rendida.

Transformados en tanto animal, los Seres de Fogo vivieron su vida de sangre caliente o insecto, felino u hongo hasta que les llegó la hora, como a cada chanco su San Martín. Feroces o domésticos:

los animales se reprodujeron, y las almas de los Seres del Oeste fueron liberadas para siempre del tormento de una vida sin muerte.



CAPITULO NOVENO:

EL RESTO DE LOS MORTALES

La desaparición de los Seres de Luz y de Sombra de la Tierra, no provocó cambios menores.

El mundo, se pobló de millones de especies animales. Todas las que hoy conocemos; de imponentes mamíferos a microscópicas bacterias. Y, con ellas, los virus, los parásitos y las plagas.

El hombre, primero les temió por siglos. Luego los cazó y los devoró con insuperable destreza, maña y las técnicas más sofisticadas. Después, aprendió cómo domesticarlos y volverse completamente sedentario. Cambió su dieta, su cuerpo, su modo de subsistencia, sus hábitos. Afrontó peligros desconocidos, a veces ganó, otras perdió; pero casi siempre empató con el destino. Se deleitó con las nuevas formas, colores, perfumes, sabores y vida que la naturaleza, y sus posibilidades en aumento; le ofrecían. Por ensayo y error, muerte sobre muerte; pudo superar todo lo que se propuso.

De aquel primer hombre, surgieron todas las tribus indígenas prehispánicas que la historia argentina y la antropología han estudia-

do. *Diaguita* o *cacanes*. *Guaraníes antropófagos*. *Charrúas entrerrianos*. *Matacos-mataguayos tejedores de yicas de caraguatá*. *Tobas, guaykurúes, abipones y mocovíes*. *Chiriguanos y chané*. *Tehuelches y pehuenches*. *Pampas, querandíes y ranqueles*. *Onas con su hain y yámanas-alakaluf con sus canoas de corteza de haya*. *Huarpes laguneros, del este y del oeste: con su leviarato y sororato*. *Calchaquíes*. *Comechingones barbudos y sanavirones belicosos que frenaron la expansión inca*. *Tonocotés santiagueños, lule vilelas chaqueños y atacamas con sus sacrificios, su cebil o piptadenia*. *Omaguacas con sus cráneos trofeos, y muchas otras más*. *Cazadores, recolectores o agricultores*. *Tejedores, guerreros, alfareros o canoeros*. *Con sus lenguas, sus rituales y creencias*.

Este fue el cambio fundamental. Con la partida de los Seres de Ahua y de Fogo, del Este y del Oeste; por algún tiempo se mantuvieron oralmente las historias del origen. Del parto de la Waira. De las dos tribus a uno y otro lado del gran Ombligo de la Tierra. De sus ritos. De la Luz Mala. De Quimpú y la Lumba.



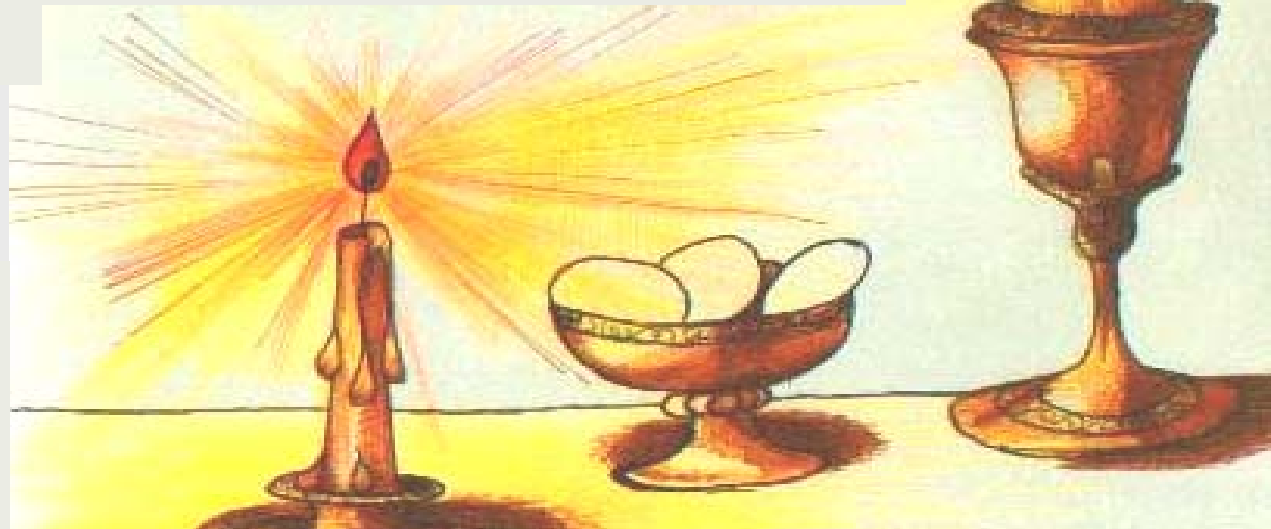
Al principio, los padres se las contaban a sus hijos y las recreaban en sus obras. Conservaban la chicha y el mate como actividades y productos sagrados.

Pero, como el hombre es perecedero, se fue olvidando, con el correr del tiempo; del verdadero origen de casi todas las cosas. Inclusive, de sí mismo. Perdió la curiosidad natural y el asombro por las maravillas que lo rodean; se acostumbró a verlas a diario y a tenerlas al alcance de las manos. A recordar que ` así había sido siempre´. A eso, lo llamó sabiduría; a las partículas que descubría el ojo del microscopio. Ignorancia, credulidad, superstición y subestimación, quedaron para quienes creían en sus dioses o sus demonios y eran capaces de entregarles sus pequeñas vidas y gigantes muertas.



Y hasta, entre ellos mismos; algunos practicaron una extraña disección en sus conciencias. Por un lado lo bueno, puro, bello y santo; las fuerzas bienhechoras de los dioses. Inalcanzables. Impolutos. Incorruptibles y estáticos. Con ése nombre, confundieron a los Seres de Luz; y los adoraron en la figura de vírgenes y castos hombres. Los guardaron en sus cajitas (altares) prolijamente separados de lo malo, oscuro, horrendo, deforme y bestial, pero profundamente humano: los diablos. Mandingas.

El Paraíso y el Infierno: parcelas irreconciliables. Miembros amputados. Cuerpo diseccionado. Eso creyeron. Y hacia el Cielo levantaron sus iglesias y sus torres de piedra y fierro.




Mística

Pero, hay cosas chiquitas, costumbres aparentemente inocentes donde aún viven los Seres que quisieron sepultar en vida. Que son inmortales y eternos; porque viven en nosotros, sus hijos. Que sólo cambian de forma y de cielos. Pero que nos soplan en el oído de cuando en cuando. O nos tocan el hombro. O se disfrazan de intuición, corazonada, pálpitos y sextos sentidos para aconsejarnos y advertirnos. O con casualidades y guiños misteriosos nos guían a sitios y personas. Son los que ponen en el bolsillo el teléfono que, justo, necesitábamos y creíamos perdido. Los que nos salvan y nos cuidan. Los que nos acarician mientras dormimos.

Conservamos en mate, que es el verdadero remedio para curar el almita cansada. Dulce o amargo, tereré, solitario, de rueda o chupe y pase; hace olvidar cualquier pesar y desconsuelo, y nos saca de todos los eclipses.





Bailamos para hacer más bonitas las tardes, jugamos al fútbol en la playa, en los pocos potreros que sobreviven; y al truco gallo.

La chicha y la costumbre de tomar una copa de más y macharse a veces para soltar las cuerdas y quemar las naves. El tinto, el torrontés y el patero.

O sea, los Seres que olvidamos, sin embargo; se quedaron en nosotros. Todos lo somos. Hijos de la Tierra, hermanos de los Vegetales. Mezcla casi perfecta de Hombres de Fuego y Luna y Mujeres de Agua y Sol. Ni tan buenos, ni tan malos; pero encantadores. Tan nosotros mismos como ellos.

Aunque hayamos perdido el mapa del Gran Ombligo de la Tierra; por ser hombres tenemos uno propio, en medio de nuestro cuerpo. Que divide el Este y el Oeste de nuestra geografía.

Usted, vos ché, el vecino... somos la unión que parecía imposible. Todas las potencialidades en una piel, en manos y pies. De cuerpo entero. Todo lo bueno y malo como en piñata. En el fondo, una misma cosa. Que se complementan como los colores, se equilibran sin anularse. En el permanente movimiento de las cosas, las estaciones, los ciclos, los nacimientos, y los Seres. Uno entraña al otro. Uno es la semilla y el devenir del otro.

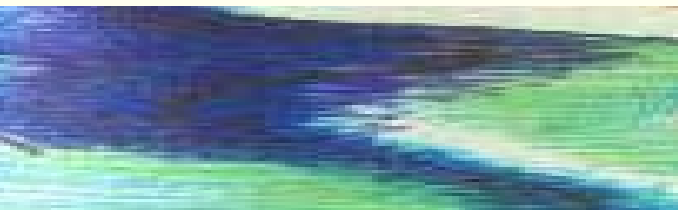
La dualidad se rompe, se disuelve para mostrar una humanidad íntegra. Completa. Reconocida. Orgullosa. Agradecida. No disecada ni juzgada por ninguna moral ajena a su propia naturaleza. Más humana y posible. Siempre cambiando y siempre intacta.

Genealogía de almas

Dicen todavía los ancianos, que hay características precisas de las personas que pueden revelarnos su filiación secreta. Si sabemos verlas, descubrirlas, leerlas, reconoceremos en nuestras venas; un predominio de la sangre de fuego, o la de agua. Rasgos típicos de los Seres de Sombra o de Luz que, dentro de la mezcla que somos; como una huella, revelan una identidad marcada por la herencia paterna del Sol, o la materna de la Luna. Una pertenencia oculta de la ascendencia del almita eterna.

Hasta que, un día; podremos vernos a nosotros mismos realmente, y contemplar cara a cara la luz de arco iris que nos envuelve.

(Atención: a la lista de fisonomías que sigue, cada cual podrá agregar nuevos datos confirmados por su experiencia en genealogía de almas).

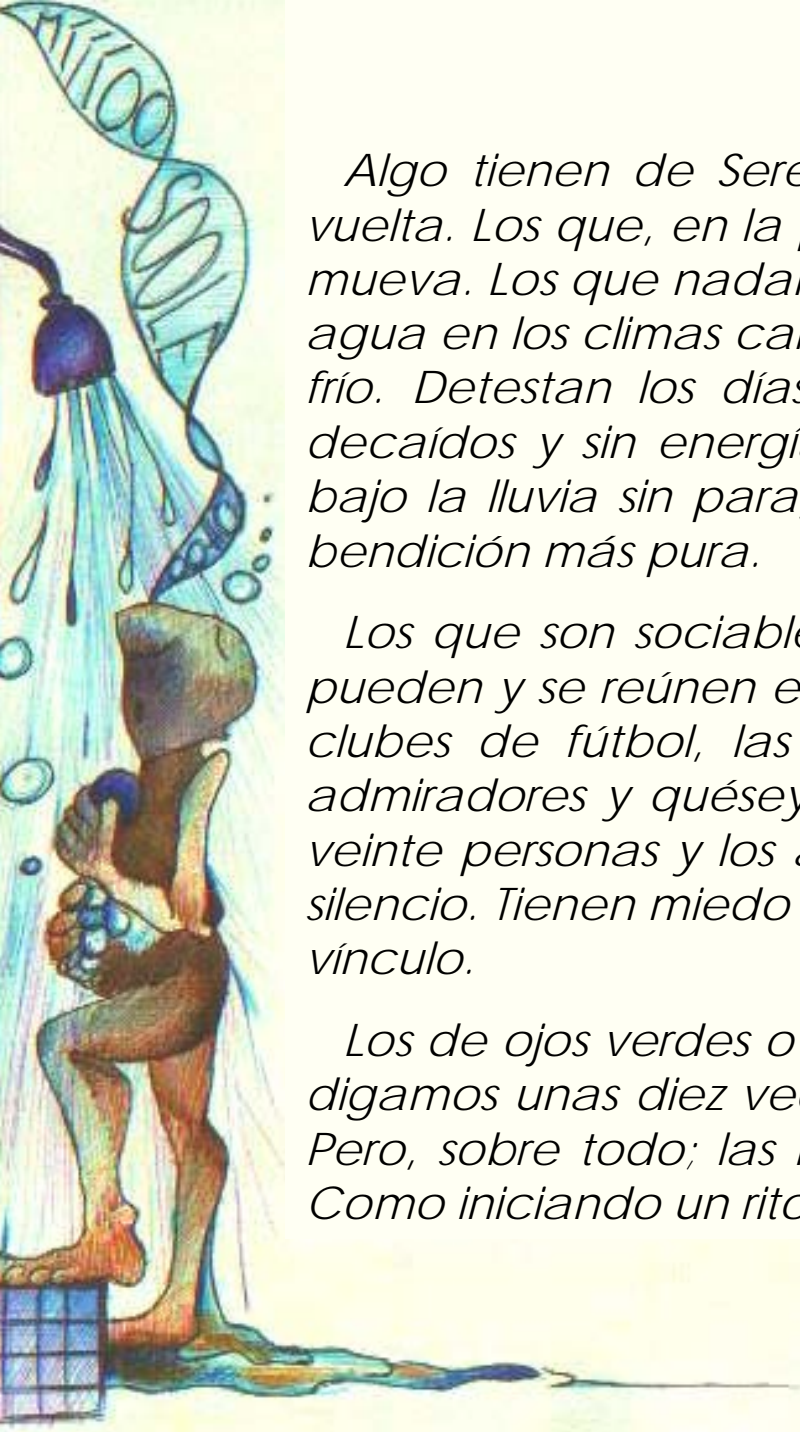


Mis Dioses!!!

Algo tienen de Seres de Luz quienes adoran tomar Sol vuelta y vuelta. Los que, en la playa, se tiran en sus lonitas y no hay quién los mueva. Los que nadan en el mar. Los que se sienten como pez en el agua en los climas calurosos y húmedos. No sufren el calor, pero sí el frío. Detestan los días nublados, les cambia el humor, se sienten decaídos y sin energía ni ganas para nada. Les encanta caminar bajo la lluvia sin paraguas, para ellos, es el llanto de los dioses. La bendición más pura.

Los que son sociables por demás e integran tantos grupos como pueden y se reúnen en círculos de amigos del ajedrez, los gatos, los clubes de fútbol, las bibliotecas, los modelos antiguos de autos, admiradores y quéseyo cuánto. Viven rodeados por un mínimo de veinte personas y los aterra la idea de quedarse solos. Le temen al silencio. Tienen miedo a la oscuridad y claustrofobia agravada por el vínculo.

Los de ojos verdes o azules. Los que toman mate a cualquier hora, digamos unas diez veces al día o hasta que se les termine el agua. Pero, sobre todo; las mujeres que toman el primero y se lo tragan. Como iniciando un rito milenario que desconocen.

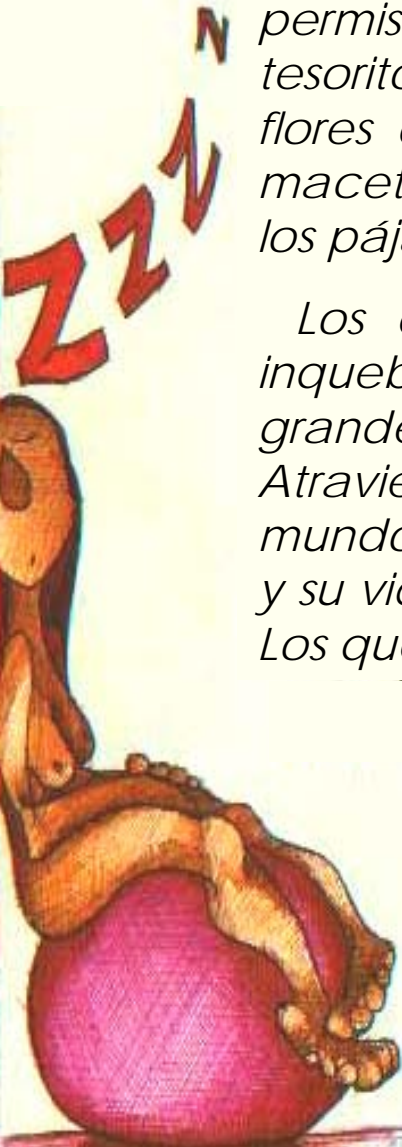


Los bomberos voluntarios, claro. Que arriesgan su vida entera por ganarle al fuego una y mil veces. Los ecologistas, agrónomos, campesinos, quinteros campechanos, multiplicadores de viveros, cultivadores de yuyos para el té.

Los que vuelan con la imaginación a cualquier parte mientras les contás algo, y no te escuchan. Los cantantes y silbadores, con voces de flauta, cascada y ocarina. Los que siempre tienen el Do de pecho en los labios. Pero, de entre todos ellos, más especialmente; los que cantan en la ducha.

Los que andan como el caracol, de mochileros o en carpas por mil caminos escondidos y verdes. Los que se adaptan enseguida y duermen en cualquier parte. Los que persiguen siempre el horizonte y allí pasan las noches. Los carnívoros devoradores de asados y picadas, churrascos y choripanes gloriosos, al pié de la vaca. Comen tanta carne roja como pueden, como si su plan secreto fuera acabar con todas las bestias de sangre caliente del planeta. Los aviadores. Los que viajan en ala delta, globo o planeador. Los navegantes, los marineritos suerte para mí. Los buzos y guardavidas. Los que no tienen vértigo ni se ahogan en un vaso de agua. Los que se ponen colorados si mienten. Los





Los optimistas reincidentes y empedernidos. Los que prefieren tragar saliva a putear. Los que se emocionan y lloran fácilmente. Los que rezan rosarios enteros, ruegan, imploran y piden por favor y con permiso cada cosa. Los que comparten sus penas y coleccionan tesoritos naturales: tronquitos, hojas en libros, caracoles, piedritas y flores disecadas. Los que tienen jardines aún en los balcones y en macetas estrechas y apiladas. Los que se conforman con el canto de los pájaros, hermoso, aunque vivan en jaulas.

Los que consiguen imposibles con una paciencia y constancia inquebrantable. Los que hacen trabajos de hormiga. Los que logran grandes cambios lentamente. Gota sobre gota tallan la piedra. Atraviesan montañas. Tuercen el curso de los ríos. Los que cambian el mundo empezando por casa. Por su cabeza y su conciencia. Sus actos y su vida entera. Los que logran resultados sorprendentes y duraderos. Los que son felices consigo mismos a pesar de las peripecias diarias.

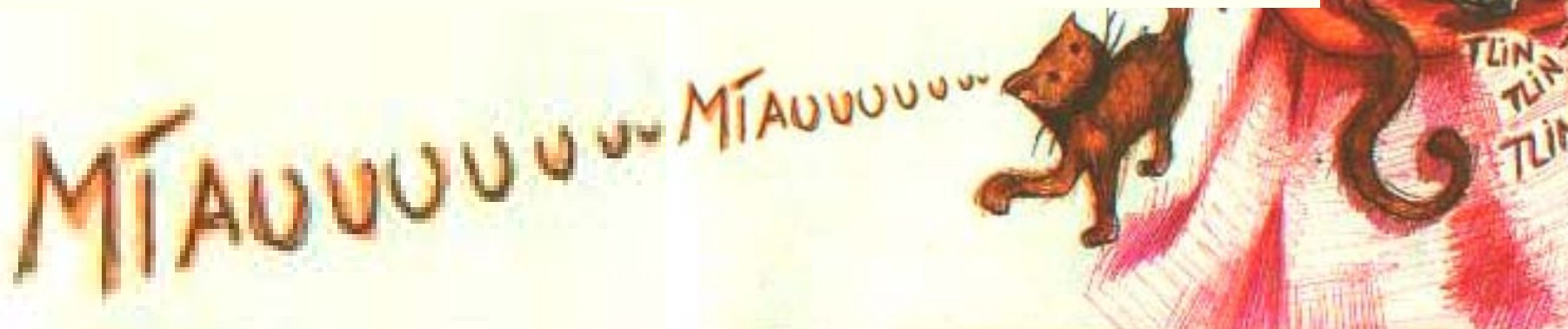
Los que no pierden el rumbo. Los que llenan de música y risa el mundo. Los que levantan el ánimo, contagian ganas de vivir y regalan momentos inolvidables con lo que tienen a mano.

Son libres y saben amar de verdad. Encuentran siempre lo que no pensaban buscar. Son los que hacen las cosas, la paz y el futuro, que es lento; pero viene.

Diablos!!!

Algo tienen de Seres de Sombra los dormilones, los que sueñan de día y salen de noche. Los noctámbulos. Los que saben leer las estrellas, las palmas de las manos y la borra del café. Los brujos, adivinos y los que leen libros de ocultismo. Los que aciertan siempre. Los que ganan a los juegos de azar y son videntes. Los que rebalsan intuición y suerte porque viajan cargados de amuletos y tienen cábalas, refranes y supersticiones a rolete.

Los ermitaños, solterones, antisociales, cascarrabias soberbios. Embusteros, tramposos. Timbreos, apostadores. Mentirosos expertos. Excelentes actores. Políticos de los que hablan por hablar. Que inventan proyectos faraónicos y hacen castillos en el aire. Seductores despiadados. Exagerados profesionales. Discutidores sordos. Siempre polémicos y urticantes: inventores de discusiones bizantinas. De lo que no tiene gollete; la cuadratura del círculo, o el huevo y la gallina.



Los que bailan hasta el himno nacional porque tienen el ritmo metido bajo la piel. Los desaforados, de pies saltadores, voladores, zapateadores, inquietos. Los que saben gritar en el silencio. Un sapukay, o la verdad que otros, no se atreven. Los que le ponen el cascabel al gato. Y los gatos y perros vagabundos que no quieren dueños.

Los que encienden el fuego del infierno. Los que se entregan enteros en un instante. Los que pierden la cabeza, el tiempo y toda la cordura que jamás tuvieron. Los que se apasionan y se vuelven ciegos, mudos y sordos. Los que no se achican aunque vengan degollando. Los suicidas que saltan sin red y ponen el pecho a las balas. Los que van al frente, de frente, y en el frente quedan; estampados contra la pared, pero contentos.

Son puro impulso. Desmedidos, arrebatados. Los que nunca terminan lo que empiezan. Los que llegan tarde. Pierden los documentos y las llaves. Olvidan que tienen padres e hijos; sus nombres, cumpleaños y apellidos. Los que desobedecen a los médicos, a las autoridades autoritarias y al destino. A sus maestritos con sus libritos.

Los que tienen lunares en la piel, sobre el torso, en plena cara; huella infalible de la Lumba. Los que se alunan con suma frecuencia. Los que toman a fondo blanco y de un solo sorbo. Y se atragantan, se tropiezan, rompen platos.



Los atletas que corren atrás de un espejismo. Los que huyen. Los que hacen puro ruido y nunca nueces. Pura espuma y ladran; y, a veces, también muerden. Los que toman sin pedir permiso ni llenar mil papeles. Pero guarda; no son materialistas. Roban las historias, las victorias, el orgullo, el respeto, las primicias y las tapas de las revistas.

Los celosos. Los que le tienen miedo al agua y a los espacios abiertos. Los que siempre se sienten sapos de otro pozo. Los criticones, chismosas de barrio y chusmos profesionales. Innovadores que tiran la tradición, la costumbre, los hábitos y la sapiencia por la borda. Los que no reparan en mezclar las cartas y dar todo de nuevo. Les atrae el cambio, la pirueta en el aire, el vacío en la panza. Casquivanos infieles, malandras. Dan vuelta sus vidas de un solo golpe.

Los que se hacen dueños de sí mismos y llevan su soberanía que supieron conseguir como un estandarte. Los que no tienen tapujos, ataduras ni límites. Los sinvergüenzas. Los que dejan los estudios, los trabajos, las familias. Los que toman los toros por las astas. De un puñetazo firme a la mesa, tiran todo.

Un poco vagos. Bohemios artistas con poco oficio y mucho talento. Vanguardistas desprejuiciados. Pintores surrealistas. Extravagantes ceramistas que hacen con el barro cosas imposibles. Ley antigravedad. Imprudentes en las academias. Autodidactas natos. Ñatos pero nunca chatos.



Los que cuentan chistes de humor negro y encuentran el chiste y lo negro en cada cosa. Desbocados, morbosos a mucha honra. Masoquistas. Burlones pendencieros cancheros y avivados. Perdedores del respeto.

Los que toman las calles y desbordan la plaza. Los que hacen las revoluciones, los inventos geniales, el cambio de hoja. Los que pasan como un huracán y dejan huellas. Los que penden de un hilo. Los que hacen deportes de riesgo. Los amantes de la montaña rusa, del terror al borde del infarto. Los que se ríen del corazón cuando sube hasta la boca. Los que buscan secretamente la muerte para sentirse definitivamente vivos.

Los sinceramente crueles y macabros. Los que se llevan todo por delante y se adelantan con sus saltos mortales, a su época.

Los malabaristas, que hacen todo al mismo tiempo. Acróbatas, magos, lanzallamas. Ilusionistas, escapistas, contorsionistas y murgueros. Los que festejan los carnavales en vez de las fechas patrias. Los que juegan al baile de disfraces sin caretas ni máscaras. Los meteorólogos. Pronosticólogos. Los astrónomos.

Los inconstantes. Impacientes. Los que no saben que quieren, pero lo quieren ya.



Son queribles, amables, besables u odiables. Sin intermedios. Adorados o maldecidos; pero jamás olvidados. Cuando se van para siempre, los extrañamos como nunca. Cuando están lejos descubrimos que, detrás de todos los disgustos a los que nos tenían acostumbrados; quedó un amor impregnado. Indeleble. Marcado a fuego. Tatuado para toda la vida. Nunca se arrepienten por no haber hecho o dicho algo; porque nada se callan. Todo lo prueban, lo experimentan con una curiosidad y sorpresa inagotable; pero con poco rigor científico. Son francos hasta el tuétano, y no tienen pelos en la lengua. Son directos. Sienten las emociones en el estómago y se entregan a ellas completos, atados de pies y manos a los imposibles y al fracaso.

Un día cualquiera desaparecen sin dejar rastros, ni cartas, ni fotos, ni explicaciones, adioses, explicaciones, te quiero, cuidates. Se esfuman en la noche casi sin equipaje y vuelan en misiones ultra secretas a los sitios más insólitos.



Recién ahí uno descubre, un poco tarde y otro poco a tiempo; que eran lo más importante que teníamos. Que llenaban la casa de ruido y portazos. Y que lo poquito que nos enseñaron, fue casi por descuido. Lo que nunca quisieron decir, lo hicieron en acto; con el cuerpo y los gestos cotidianos. Sin darse cuenta. Y su entrega completa; valió mucho más que mil palabras.

Lo digo yo, que ya extraño horrores a éste viejito Ser de Sombra que me cantaba al oído una historia...casi igual que la que termino de contar. Pero, no sé...; desapareció tan de repente.

Lo último que susurró, fue una pregunta, ¿Será cierto?



¿Será cierto?

¿Será????